

SELECCIÓN DE TEXTOS DEL CONCURSO LITERARIO

LATIDOS DEL EXILIO VENEZOLANO



LATIDOS DEL EXILIO VENEZOLANO

SELECCIÓN DE TEXTOS
DEL CONCURSO LITERARIO



EL ARTE QUE HAY EN TI

Índice

Prólogo.....	05
ACTA DEL JURADO DEL CONCURSO.....	07
1er Lugar: Bonito Blue.....	11
1er Lugar: Percusiones de la memoria.....	16
2do Lugar: País fantasma.....	20
3er Lugar: No estoy aquí, ni estoy allá.....	24
Mención especial: 2024.....	28
SELECCIÓN ESPECIAL.....	32
Otro día en un país extraño.....	33
El naufragio de Pierre.....	36
Todo cabe en la maleta.....	39
Tarea de historia.....	42
Por si acaso.....	45
Isabel.....	48
Nunca quise irme, pero me obligaron a hacerlo.....	51
Los primeros días.....	54
Un cuarto con nubes.....	57
El hijo, la madre y el carnicero.....	60
Hogar.....	63
Cinco y emigra-acción.....	66
Las siete mariposas.....	69

El desasosiego del arraigo.....	72
La barca de huida.....	75
De guerra en guerra.....	78
Fiesta en el pantano.....	81
Escombros humeantes.....	84
La trocha.....	87
Peregrinaje.....	90
Menguadas.....	93
Exilio de la fábula.....	97
Mi exilio es tu ausencia.....	100
Migrante, trashumante, vagabunda.....	103
Soy extranjero.....	106
El silencio de los caídos.....	109
¿Quién es el guasón?.....	112
La mano en el hombro.....	115
Selfie prenavideña.....	118
A más de 42 Km de casa.....	121
SOBRE THE WYNWOOD TIMES.....	124

Prólogo

En septiembre de 2019, *The Wynwood Times* abrió un espacio para que todo venezolano, dentro y fuera del país, se expresara a través de un texto narrativo acerca de su vivencia de migración. *Latidos del exilio venezolano* fue el nombre de ese concurso literario. La respuesta obtenida sobrepasó todo pronóstico. Recibimos relatos desde los lugares más recónditos del mundo. Argentina, España, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Canadá, México, Perú, Colombia, Alemania, fueron algunos de los países desde donde nos enviaron sus historias.

Pero no solo se expresaron quienes están fuera, también quienes se han quedado en el país han vivido el exilio de sus familiares y amigos. Cada relato es reflejo de un dolor, de un desarraigo forzoso ocasionado mayoritariamente por la búsqueda de mejoras en la calidad de vida. Mientras Venezuela vive la crisis más brutal de su historia republicana, millones de venezolanos han tenido que dejar su patria, no solo para sobrevivir a la barbarie, sino también para ayudar desde afuera a quienes no pudieron hacerlo.

Este libro recoge apenas una parte de esas historias. Atendiendo el rigor del concurso literario se hizo una premiación, así como una selección de treinta relatos.

No obstante, se recibieron 651 participaciones que son testimonios de vida, que reflejan cómo hemos sido marcados como sociedad debido al éxodo masivo de venezolanos hacia otros países.

Sirva este libro como un registro histórico y documental de la emigración venezolana de los últimos años, escrita por los mismos afectados.

Rafael Baralt Lovera

Editor principal

The Wynwood Times

Andreina Fuentes Angarita

Fundadora

The Wynwood Times

ACTA DEL JURADO DEL CONCURSO

En la primera edición del Concurso literario Latidos del exilio venezolano, convocado el 8 de septiembre de 2019 y organizado por la revista digital The Wynwood Times, con sede en Miami, han participado 651 obras literarias.

El jurado, conformado por Rafael Baralt Lovera, Florángel Quintana, Gustavo Löbig, Aglaia Berlutti, Andreina Fuentes Angarita, Ari Silva, Richard Rey, Alida Vergara Jurado, Carlos Enrique Márquez, María Carolina Velasco, Jason Maldonado, Mariana Antúnez y Nixon Piñango; todos columnistas habituales y miembros de la revista The Wynwood Times, basó sus calificaciones en aspectos literarios como: originalidad, desarrollo creativo, calidad narrativa, redacción y ortografía. Adicionalmente, presencia del leitmotiv y valor humanístico de la historia.

En este sentido, el jurado decidió conceder los siguientes premios y menciones.

Por tratarse de un texto arriesgado, original y sumamente creativo, que se pasea además por varios géneros literarios. Se otorga una mención especial al texto:

MENCIÓN ESPECIAL:

“2024” – (Seudónimo: Raymond Riggs. Autor: Rubén Machaen)

Considerando la creatividad y la originalidad de las tramas, el manejo de las temporalidades (retrospec-

ciones, introspecciones), la construcción del narrador, el trabajo con el lenguaje en sus diferentes formas (precisión léxica, tiempos verbales, recursos metafóricos y estéticos, etc.), adicional al correcto apego las bases del concurso, se otorgan los siguientes premios:

TERCER LUGAR:

“No estoy aquí, ni estoy allá” – (Seudónimo: Luna llena menguante. Autor: Nancy Montero de Sánchez)

SEGUNDO LUGAR:

“País Fantasma” – (Seudónimo: Edecio Montesinos. Autor: Miguel Ángel Latouche)

PRIMER LUGAR (EMPATE):

Bonito Blue – (Seudónimo: Carúpano. Autor: Geysler Dacosta)

Percusiones de la memoria – (Seudónimo: Mermarat. Autor: Atamaica Mago)

Se hizo una selección de treinta (30) textos para un proyecto editorial, el cual contendrá los relatos premiados previamente, más los siguientes:

Título del relato	Nombre Autor
Otro día en un país extraño	Anderson Castro
El naufragio de Pierre	Zoila Rosa Amaya
Todo cabe en la maleta	Víctor Manuel Merlo Mendez
Tarea de historia	Yuleidys K. Martínez
Por si acaso	Evelyn Encarnación Amaya de Sierra
Isabel	Gabriela Camero Márquez
Nunca quise irme, pero me obligaron a hacerlo	Francisco Marín
Los primeros días	Emmanuel de Jesús Rincón Meneses
Un cuarto con nubes	María Julia Baccino
El hijo, la madre y el carnicero	Dalila Solórzano Casanova
Hogar	Roberto Enrique Araque Romero
Cinco y emigra-acción	Carlos Roa
Las siete mariposas	Rocio Díaz
El desasosiego del arraigo	María Andreina Caballero
La barca de huida	Luis Roncayolo
De guerra en guerra	Mariangeles Navarro Blanco
Fiesta en el pantano	Horacio Arteaga Volpe

Escombros humeantes	Rafael Humberto Sanabria
La trocha	Luis Guillermo Franquiz
Peregrinaje	Martha Lucía Molina Ángel
Menguadas	Carmen Rondón
Exilio de la fábula	Manuel Planchart
Mi exilio es tu ausencia	Valentina Saa Carbonell
Migrante, trashumante, vagabunda	Adriana del Carmen Boccalon Acosta
Soy extranjero	Evelia Nasser
El silencio de los caídos	Yoselin Goncalves
¿Quién es el guasón?	Glenda Lis Fernández Espinoza
La mano en el hombro	Heberto José Borjas Márquez
Selfie prenavideña	Kristina Ber de Da Costa Gomes (Krina Ber)
A más de 42 Km de casa	Mariana Cecilia Montaña

BONITO BLUE

por Geysler Dacosta

1er
lugar

Perderían la 45, pero nada le importó a Vicente: «¡Mira!» Su hijo todavía enfadado por lo del iPad se detuvo tras el jalón de brazo. El niño observó entre los rotos pinos de navidad, una botella de Coca-Cola goteando sobre lechugas y panes redondos desperdigados en el suelo. «¿Sabes qué diferencia esa basura de la nuestra?», preguntó el padre. El niño se alzó de hombros:

«Que en la nuestra, las papas fritas se las hubiese comido alguien, allí, como un perro».

Disputas similares se repetían desde que se mudaron a Pensacola. Tenían ya dos navidades sin salir del norte de la Florida, hospedándose en el sofacama del hermano menor, también ex-camarógrafo de RCTV, y que se mudó a la gran América apenas la dictadura clausuró el canal de televisión. El día que Vicente decidió venirse texteo:

«Fíjate, herma: ahora la moda es saltarse el desayuno y el almuerzo y engañar el estómago con agua para que lo chamos coman».

El hermano lo dejó en visto una semana, al final respondió: «Es la última vez que te lo propongo: aprovecha la visa, aquí te consigo trabajo, vas y vienes...».

Vicente y su mujer tenían la solución demasiado masticada. Que mejor probar con el niño, así los gringos no sospecharían. Luego de aceptar, el hermano remató a los pocos segundos: «¡Mosca! Esto no es Miami». En la distancia vieron partir la 45. Vicente y su hijo

ya no perseguían el bus porque aprendieron que los conductores en América no te hacen el favor de detenerse más adelante. Tomaron asiento en los banquillos metálicos de la parada, tenían una hora de espera mientras llegaba el otro:

«Y no me repitas que te avergüenza mi inglés».

«Ya, papá...», soltó el niño más calmado.

«Ya, papá, ¡Nada!»

Vicente señaló el cielo. El niño cabeceó hacia el azul incólume, libre de nubes.

«Bonito, ¿verdad?, pero más bonito blú es el que tenemos allá. ¿Sabes? Porque es el cielo de uno, así de simple; y bajo ese cielo todavía vive tu mamá y tu hermanita».

El niño se miró las sandalias, avergonzado:

«Ya, papá...»

«¿Andas arrecho porque cambiaron el precio?

Papi: \$200 es darle mopa, jabón y pulir a mano una fila de mil carros...

«Ya, papa...»

«Pero tú solo sabes de Furnai o fornei o como se diga, porque mamá y yo nos doblamos el lomo para que ustedes jueguen sus vainas y tengan inglés, y no coman las papas fritas tiradas en las basuras de los maidonas.

«Ya, papa...»

«Y escúchame bien, coño: Cuando tú seas grande y más gente que yo, y uno de tus empleados te hable mal inglés, recuerda que él también tiene un

cielo bonito que no es azul como el nuestro, pero se parece».

Llegó el silencio. El niño arrimó la cabeza y en ese abrazo, el padre le besó el cráneo. La soledad bajó como un aceite negro y avejentado. El niño lloraba los amiguitos y las navidades caraqueñas; el padre sus años felices en el canal, y su amada hija, y las tantas riñas con su mujer por quedarse dormida, allí en sus brazos, a mitad de todas las películas.

PERCUSIONES DE LA MEMORIA

por Atamaica Mago

1
er
lugar

Mi memoria es un marcapasos, una arritmia del presentimiento, un sobresalto contra lo indecible. Los recuerdos se me presentan como censores de los anhelos, temblor que me reconoce viva a pesar del oficio perenne de la nostalgia; del vértigo de sentir que todo yace extinto o se niega a morir porque el corazón –deshoras de todos los tiempos– aún soporta el trasplante de las despedidas, el forzado adiós de los que partieron convirtiendo sus ausencias en lutos del destierro; levitado duelo que también padecemos quienes decidimos quedarnos en Venezuela por una obstinada razón que desobedece todo entendimiento: negarnos al olvido, extirpar el tumor de la amnesia.

La historia de mi exilio es un relato en primera persona. Cualquiera podría pensar que emigrar es un asunto de afuera, una transfusión geográfica, un éxodo evasivo, pero en realidad se trata del peregrinaje de una mudanza íntima en el que abandonas lo que fuiste por el auxilio de lo que vendrá, orfandad nunca extranjera. Emigrar es internarse en las fauces de los recuerdos hilvanando cada uno de los retazos de un país descosido por los embistes de su naufragio social, el embalsamamiento del abandono, la desolación de lo que aún se mantiene en pie gracias al trabajo taxidermista de centenares de personas que han convertido sus hogares, comercios, carnes y pupilas en testimonios de la posteridad, en confesiones de y contra la ruina.

No me he ido, no me fui y probablemente no me vaya nunca. Mi insistencia por permanecer en este estado

de sitio, en el epicentro de todos mis sismos emocionales se debe, primordialmente, a que existe una madre que es albor de mis días y cuya condición de salud empeoraría con un inesperado viaje con posdata del sin retorno. Además, padezco una enfermedad visual cuya milagrosa ceguera me ha permitido comprender mucho mejor la desnudez de lo grotesco, la gula de las opresiones. Severa invidencia que en ocasiones me entristece pero en otras circunstancias agradezco porque puedo medir las secuelas del mal en dosis moderadas para que el llanto no inunde mis esperanzas sometiéndolas al ahogo de lo insalvable.

De allí que mis lágrimas se transformen en remos, brazadas contra el pesimismo y la barbarie. Diariamente recorro la ciudad palpando con mi mirada los rastros espectrales de todo cuanto fue, desapareció, está ausente, pero aún palpita, convive en mi sentir porque son imágenes tatuadas en la piel de mis memorias; retratos y voces de mis seres amados, de todo un país que desde su contemplación presente puedo observar que aquel árbol –trapecio de mi infancia– apolilló sus raíces; las calles de mis juergas se hallan agrietadas de deserciones; el parque de diversiones, vil inanición de la huida; mi panadería árabe, unción del último aliento; el transporte público, cortejo senil de una ciudadanía que en encorvado andar de sus días y contra todo pronóstico finaliza cada jornada con una sonrisa que –aunque extenuada– no es síntoma de ninguna derrota. No es detrimento el intentar ser feliz manteniendo erguida la fe que comparten en un nosotros familiares, vecinos, extraños y amigos que han hecho de su desarraigo motivo para

un pronto reencuentro.

Hoy existe un áspero silencio en las calles inverso al bullicio que escalda la crisis. La ciudad parece un camposanto atestado de anhelos, de semblantes que ya no están pero tampoco se han ido. El cavilar onírico de un país que de un momento a otro despertará de su letargo, saldrá de ese estado de coma porque ha soportado como ninguno el atentado de las pesadillas.

Es la apuesta por un porvenir que nunca muere.

PAÍS FANTASMA

por Miguel Ángel Latouche

2 do
lugar

Los bárbaros nos fueron tomando de a poco. Nadie reportó el inicio de la invasión. Sospecho que en realidad nos habitaban en silencio preparándolo todo para el momento propicio: Una dentellada precisa, una manada de lobos moviéndose entre las sombras, los Demonios de Dostoievski viviendo entre nosotros. Al principio no los notamos. Su presencia era casi imperceptible; parecían una nota al pie de una página olvidada, un ruido insignificante en la distancia, un mal sueño. La Casa fue Tomada de manera lenta y sistemática. Nos fueron ocupando sin que pudiéramos resistir. Asaltaban las habitaciones, obligándonos a abandonarlas. A veces, simplemente, derrumbaban las paredes para hacernos salir. Se trataba de una jauría hambrienta recorriendo un país convertido en montonera. Un viaje de regreso al tiempo de los cuchillos. Una historia en la que El Miedo termina tragándose a Santos Luzardo en medio de la desolación de las Casas Muertas. Se trataba de un Mensaje condenado a no llegar nunca a su Destino en un País Portátil que tiene a El Falke como barco insignia.

En Maiquetía se cerró la última puerta, allí tiré las llaves y lo abandoné todo. Resistí todo lo que pude hasta que las amenazas se hicieron creíbles. En nuestra realidad kafkiana no existe el derecho al pataleo. Iniciaba, pasaporte en mano, un viaje largo; una búsqueda en movimiento que se asemeja a la armonía cinética de ese lienzo multiforme en el que los trazos coloridos de Cruz Diez se confunden con las despedidas. Trazos de un país fantasma en el que la salida, para muchos, se encuentra en el aeropuerto. He dejado atrás a una tierra que ahora me cuesta reconocer y a la cual

no sé cómo regresar. Invento los Días sentado a las orillas del Elba. Mastico un idioma extraño en el cual poco a poco empiezo a reconocermé. Allí, a espaldas de la ciudad imperial, me encuentro con el Hombre que voy Siendo, converso con él; juntos añoramos la Vuelta a la Patria. Entre ambos recordamos cuando Amanecíamos de Bala en la UCV, bajo la sombra del reloj y los murales de Vigas; las tardes en los Próceres, las excursiones al Ávila y los viajes a la playa para visitar a Juanita Sentada Descansando. Sufrimos el desarraigo que alimenta la distancia y los dolores lumbares que dejaron los golpes en aquella oscura sala de interrogatorio de Inteligencia militar donde El Palo iba y venía sobre nuestras Costillas, mientras nos acusaban de traidores a la patria y amenazaban con defenestrarnos desde los Platos del Diablo.

Construyo Crónicas de la Decadencia, sobre un Pizarrón de Papel. Uno Escribe y Algo Queda. A veces me siento en un café y veo a los transeúntes pasar. Las hojas amarillas del otoño van cubriendo las nostalgias que se arrebolan sobre un río que no es el Guaire. Me persiguen los paseos por Sabana Grande, un Parque del Este en el que no morían adolescentes en estampida y una ciudad donde apostábamos a ser felices, justo antes de que nos alcanzara la Hora Menguada del ascenso de la mediocridad. Me atormenta la imagen de un hombre que juega a acariciarse con la lengua un Diente Roto.

Cruzo los trescientos años del Augustusbrücke y me pierdo entre las calles de la Neu Städt. Camino lento con la nostalgia a cuestas. Me pierdo en una vieja

Tienda de Muñecos sin atreverme a jugar con ellos. Ya no me quedan Angelitos Negros y se han quebrado mis Lanzas Coloradas. Me reconozco entre las sombras incorporadas a las líneas cinéticas del mural infinito de las ausencias. Así Son las Cosas.

NO ESTOY AQUÍ, NI ESTOY ALLÁ

por Nancy Montero de Sánchez

3^{er}
lugar

No soy inmigrante. Fui expropiada de mi país en 2017 a los 75 años. Vine a pasar la navidad con una de mis hijas, española retornada desde 2014, médico que, en Venezuela, ya no alcanzaba a mantenerse en forma digna. Fui sorprendida con una llamada de otra de mis hijas que pedía que no regresara. Aseguró que no podría mantenerme independiente con mis ingresos de persona jubilada y las pensiones de sobreviviente heredadas de mi esposo en 2013. Ella y su familia habían decidido abandonar el país. Vendrían a España.

Antes de venir a España, en uno de esos actos premonitorios que suceden a personas de mi edad, revisé álbumes familiares, deseché fotos que no eran significativas, revisé mi vestuario, regalé libros, me deshice de todo lo superfluo. Quedé contenta. Vivía sola en un apartamento de una habitación frente al mar. En su compra, gasté las dos terceras partes de mis ahorros, en un país donde ya pocos invertían. Aposté, cosa inusual en una persona de mi edad, que el país superaría el despótico régimen que lo gobernaba.

No soy inmigrante, nunca acaricié la idea de irme para siempre de mi patria. Ni siquiera me enfrenté al impacto de las despedidas tristes de amigos o familiares. Casi toda mi familia vive fuera del país, queda allá, una tía materna de 93 años que por razones de salud no puede viajar. La acompaña una persona que la atiende desde hace años. Mi familia está repartida entre Estados Unidos, España, Inglaterra, Francia e Italia. Se fue desgajando poco a poco.

Un año después de salir del país, empecé a aceptar que la ausencia de Venezuela en mi vida podía ser prolongada, quizás definitiva. Inicié entonces recorridos mentales por todos los sitios entrañables del suelo patrio. Me asombra la potencia de mi memoria para revivir escenas que conforman la historia de mi vida atada a ese rincón del mundo. Flaquea más mi condición sentimental. Ya no poseo nada, mis pertenencias caben en una maleta grande y otra pequeña. No tengo joyas, muy pocos libros me acompañan. Lo que trabajé y produje para mis hijas quedó atrás. Me siento liviana, lista para despegar el vuelo, como una garza en un estero cualquiera de Venezuela. El gobierno tiene dos años regateando las pensiones que me quita por lo menos una vez al año, hasta que logro demostrar que estoy viva y entonces..., no devuelve lo que dejó de pagarme. Lucho por ese dinero porque esas exiguas cantidades las dono a venezolanos residentes en el país, que tratan de sobrevivir con un poco menos de hambre. Me mantienen mis hijas.

Desde Venezuela, una amiga pregunta si soy feliz. Ella, no logró integrarse a su país natal al que regresó para probar suerte. Vive sola como muchos ancianos en Venezuela. La felicidad es un término difícil de definir. Llevo mi felicidad auestas, aprendo a perdonar, trato de no juzgar, de ser útil hasta el fin de mis días. Los nietos alimentan mi esperanza, vivo de pequeñas alegrías: un paseo por el parque, un dulce y un café compartido con alguien querido, ver TV con mi nieto menor o el saludo de una hija por Whatsapp. Leo con asiduidad la Biblia. Me apasiona su lectura.

Escribo sobre lo que leo, es una herencia que dejaré a mis hijas. No es un proyecto, la vida me enseñó que el destino nos pertenece sólo en forma relativa. Si nadie lee lo escrito, habrá servido para mantener alerta mi conciencia en esta etapa de mi vida. Deseo regresar.

2024

por Rubén Machaen

Mención
especial

«I foresee no possibility of venturing into themes showing a closer view of reality for a long time to come.

The public itself will not have it.

What it wants is a gun and a girl», D.W. Griffith

En las primeras páginas del diario, escribió que su diagnóstico había llegado, al menos, dos años tarde. Y no parecía importarle. Tres hojas después, mencionó su padecimiento, mas no desde la reflexión paranoica o la siempre esperada auto condescendencia, sino preguntándose por qué solíamos utilizar la palabra *dramedy*, si en castellano tenemos la palabra *tragicomedia*, y por qué entonces lo suyo era PTSD en lugar de TEPT (escribió *pitiesd* y *te-e-peté*). Ya ve, señora jueza, que en la clínica siempre lo filmábamos y este episodio del que le hablo, incluso está en YouTube. El momento en el que lo escribió. Aquí está. Mírenlo. Esto fue pocas horas después de su ingreso. El saco rasgado y la camisa ensangrentada vestían al tipo, que aunque de malo parecía no tener nada, en la clínica había sido fichado como un potencial esquizoide por el que posiblemente había sido su primer episodio psicótico.

Le pedimos escribir sus pesadillas, y así logramos saber que todas transcurrían en Venezuela. Su narrativa evidenciaba que tenía un problema serio con la autoridad. No le gustaban nada los uniformes. ¿Fue el señor Martín perseguido político? El gobierno de su país, doctora, dice que nada. Que está aquí por voluntad propia.

¿Y por qué usted me dice eso así, como si yo estuviese defendiendo lo contrario?, replicó la otra doctora. Si estoy aquí es porque ustedes me trajeron y creen que el hecho de ser psiquiatra y ser venezolana, me haría conectar mejor con él. ¿No ven que ni siquiera estoy ejerciendo y que me acabo de graduar?, ¿Qué voy a tener en común con ese señor más allá de la nacionalidad? Pero bueno, me imagino que lo que quieren es saber qué lectura hice de las pesadillas. A groso modo, todas son en Venezuela, sí, pero no son episodios violentos. Al menos no hasta el final. El señor Martín recorre las calles de Caracas desesperadamente porque no encuentra a nadie en ellas. El pobre escribió que, por más que quisiese, no sabía cómo despertar, más que lanzándose de la azotea de un edificio muy alto de ciudad, con la única certeza de que el golpe lo devolvería a la vida. Un adicto a la adrenalina. Yo que sé.

La doctora enviada por la fiscalía interrumpió y dijo que la familia del señor Martín había confirmado que llevaba muchos días sin dormir. Que pasaba las noches en bata leyendo en la sala, vigilándoles el sueño a sus dos hijas. La aerolínea en la que trabajaba habló bien de él como jefe administrativo del departamento de publicidad. ¿No ven una posible relación entre el hecho de trabajar en una aerolínea y que haya lanzado a esas dos niñas desde la azotea?

La jueza se aclaró la garganta e interrumpió:

Es que no me gusta hacer esto, doctora. Nada en contra, dijo mirando a la recién llegada venezolana. Es

que aquí el tema de los feminicidios ya es un asunto de Seguridad Nacional, y el señor Martín no sólo mató a dos mujeres, sino que es venezolano. El presidente la mandó a llamar para que trabaje con nosotras. Una doctora de cada país atendiendo, juntas, el primer caso de rehabilitación de lo que nuestros presidentes han llamado Nuevo Hombre Nuevo. Le pedimos un diagnóstico tan apresurado y en estas condiciones, porque queremos rehabilitar juntas al señor Martín. Ustedes, doctora, dijo la jueza, aprenderían una de la otra. Y no se preocupe, que esta sería apenas la primera fase. El canal del Estado documentará el caso y usted ya hizo su diagnóstico. Ayudémonos. ¿Se anima? Firme aquí.

SELECCIÓN ESPECIAL

Otro día en un país extraño

Por Anderson Castro

Hoy desperté otra vez en un país extraño. Me lo dice el techo de una habitación cayéndose a pedazos. Me lo dice el resorte de mi colchón de soltero clavándose en mi costilla izquierda. Me lo dicen los gritos del carajito de la habitación de al lado seguidos por los de su mamá y por un par de golpes secos. Me lo dice el olor a mierda que se desprende de una letrina compartida por catorce personas. Pero sobre todo, me lo dice a gritos el dolor punzante en el centro del estómago que me persigue desde que me mudé a este cuartucho de dos por dos.

Buscar trabajo o tratar de dormir otro rato. No sé cuál de las dos alternativas sea más inútil. Pegarme un tiro, lanzarme por la ventana, guindarme del techo, ingerir veneno ya fueron analizadas y descartadas sistemáticamente por imposibles. Hoy toca salir otra vez en este país extraño.

¡Tum! ¡Tum! ¡Tum!

Está ocupado (y lo estará por otra hora), grita la mujer que vive con su marido y sus dos hijas en la habitación del fondo y que cada dos noches, religiosamente, mantiene despierta a toda la ¿vecindad? a punta de gemidos y estertores. Las primeras dos ocasiones disfruté el espectáculo.

Lleno mi estómago de agua y salgo a buscar algo que me distraiga el dolor. Si no un remedio, algún pedazo de pan, alguna imagen, una conversación, una cara bonita, un poco de aire fresco e imposible si no sabes dónde buscar en esta ciudad.

Sí, allí está. A treinta o cuarenta metros de distancia ya puedo sentir la insoportable tentación de voltear hacia el basurero. Sigue de largo, sigue de largo. Esto es mierda, de la peor clase, basura residencial. Perfecta si buscas ropa, plástico, aluminio, madera, pero absolutamente inútil para calmar el hambre. Todo está podrido, lleno de gusanos, de moscas y de excremento. Y eso es solo lo que se puede ver a simple vista.

Mi código es nunca en un basurero residencial, nunca cerca de donde vivo, nunca antes de las cinco ni después de las siete, nunca si hay más de dos colegas, nunca si he comido otra cosa durante el día, nunca si me queda algo en la billetera. De resto, todo vale.

Pero hoy no es el día. Hoy me queda justo para comprarme una empanada y un jugo donde el portu. No son las mejores, pero son grandes. Me puedo comer la mitad ahorita y la otra a media tarde. ¡Coño, portu! Regálame ahí un pelo de guasacaca pa' llevá. El por-

tugués y su esposa son lo único más o menos decente que queda por aquí. ¿Y no te sobró nada de ayer? ¡Qué va, muchacho! Pásate más tarde a ver.

Me siento en un banquito de la plaza. Como. Respiro. Cierro los ojos. Me acuesto. El dolor está empezando a irse justo cuando llega Canela moviendo la cola y claramente pidiendo comida como para desbaratarme los planes. ¡Chama, tenías cuatro días perdida! Andabas en las tuyas, ya vas a salir preñada otra vez, ¡qué vaina contigo!

Eso fue, con seguridad, todo lo bueno del día.

A casa de mi mamá. ¿Con las manos vacías otra vez? Llegar así después de cinco meses sin verla. No. Amigos aquí no me quedan. De vez en cuando hablamos. Por aquí todo siempre bien, por allá también. Me dicen que están en un país extraño.

El naufragio de Pierre

Por Zoila Rosa Amaya

El sueño era recurrente. En él asomaba Pierre en forma de crisálida, atrapado en un capullo de algodón, con el rostro y el oscuro profundo de sus ojos descubiertos. Parecía que intentaba decirme algo, pero sus labios estaban sellados. Nunca comenté con nadie el sueño y lo comprendí solo cuando vi descender el ataúd de aquel avión que repatriaba sus restos, después de recorrer como una zaranda incontables instancias oficiales para implorar socorro. Había errado el significado del sueño. Lo asocié al hambre que intentaba exterminarnos, al desaliento, a esa sensación de estar aprisionados en una bolsa sin oxígeno. Creí que mi subconsciente me decía que Pierre estaba tan atrapado como yo en este país, que la mirada de mi hijo se había vuelto un vacío a sus veintidós años. Por eso no dudé en animarlo a tramontar otras perspectivas, como lo hicieron sus primos y casi todos sus amigos. Vete, vete, le insistía, adonde sea, a Paraguay, por ejemplo. Por allá tienes conocidos que te pueden echar una mano, hasta cualquier no lugar es mejor que este infierno donde es un acto de malabarismo echarnos

unas cucharadas de comida en el estómago, aunque evitaba reiterar lo que ya todos inevitablemente padecíamos: el dinero no alcanzaba para nada, el gas se había terminado y era un viacrucis conseguir otra bombona, el apagón había terminado por descomponer los pocos alimentos que quedaban. Las medicinas no llegaban y los achaques desatados se nos acumulaban en el cuerpo. Amaba a mi hijo, pero el hambre de un hijo es un cuchillazo en las entrañas. Había dejado de mirarlo a los ojos porque me desgarraba no encontrar nada más que el deseo derrotado, como si no hubiésemos sufrido suficiente. Sí, me zahería esa juventud con el futuro clausurado; siempre con el sobresalto de la violencia, sin posibilidad de conseguir un empleo, de formar una familia, de florecer como se merecía... esa saudade perpetua. Aquella idea de sacarlo del país había empezado como una frágil llovizna; “apostillar y legalizar, apostillar y legalizar” eran las palabras que más se repetían al principio, pero la lluvia arreció y “me voy, me voy, me voy” se convirtió en un eco y más tarde empezaron a llegar los mensajes del wasap con aquellas fotos de los que se habían ido, sonreían, habían superado el temporal. Al inicio no es fácil, pero poco a poco te irás acostumbrando, le repetía yo y, como una letanía, muchas otras voces insistían. Sin embargo, Pierre no era como sus primos, tampoco como sus amigos más cercanos, nunca lo fue. Se marchó una mañana de domingo, con un morral escueto a sus espaldas. Lo acompañé hasta un andén ruinoso donde se iniciaría su Ítaca. Cuatro días de camino, de cambiar de buses, de rastrear andenes y señales lo fijaron en su destino. Mas, insisto, Pierre no era como sus primos ni como el resto de sus amigos y en cada vuelta de esos autobuses, por aquellos cami-

nos desconocidos que intentaban seducirlo, dejaba un pedazo de piel, se volvían más espinosos sus pensamientos y lo engullía esa tristeza anclada desde su nacimiento en aquel rostro moreno; nada pudo salvarlo de su tosca. Ahora, aquí estoy frente a su ataúd, con el corazón descarnado, un carozo esclerificado clavado entre las costillas, que me tortura por haber empujado a mi hijo a aquella playa de Ypacaraí que le arrebató sus penas cuando decidió voluntariamente naufragar en ella. Me equivoqué al interpretar mi sueño, frente a mí, dentro de este ataúd repatriado, veo a mi hermosa crisálida atrapada en su capullo de algodón.

Todo cabe en la maleta

Por Victor Merlo Mendez

Al joven emigrante le sobrevino un pánico terrible al ver que se alejaba de la frontera. Sintió el estómago a cuadros cuando observó por la ventanilla del autobús como se distanciaba cada vez más de Venezuela. Para mitigar los nervios, pensó en sus amigos y familiares, que cabían en su corazón cómodamente, así como en su vida, o parte de ella, que se agolpaba como podía en el interior de su maleta. Recordó el momento de hacerla, cuando se presentó ante él la idea de que algo estaba por terminarse. Y con ella, se embarcó a un viaje que acabó por desgastar sus pies, quemar su cara a causa del viento y del sol que lo acompañaban día tras día, e incluso de agotar un poco la valentía de su espíritu.

Cuando llegó al país que le brindaría las oportunidades que buscaba, se recuperó de la experiencia que el viaje le había ofrecido y se concentró en el trabajo que pudo conseguir. Se figuró una meta, aunque sin saber si la cumpliría, y se entregó en cuerpo y alma

a ello, con la esperanza de poder ayudar a quienes había dejado atrás. El contacto que mantenía con sus seres queridos se reducía al teléfono móvil, siempre repleto de mensajes al caer la noche. Cada uno de ellos le daba ánimos, aunque también le hacían sentir nostálgico. Su familia había tenido que aprender a familiarizarse con las videollamadas para lograr una mayor interacción, y aunque el efecto era gratamente positivo, el joven inmigrante siempre comprendía que nunca existiría nada como el tacto de sus seres queridos, el olor de su hogar o la cercanía de las voces de aquellos que siempre habían estado para él.

De hecho, para él, todo había cambiado. Desde el olor de la comida hasta el color en el paisaje. Incluso las palabras le eran nuevas, aunque se podía decir que era bueno hablando el español. Evocó a su amada tierra, azotada por la tragedia que vestía de rojo, y sintió una punzada en el corazón al pensar que jamás volvería a ver el mismo color en las montañas y en el cielo, o que nunca volvería a probar la tan amada arepa. Incluso pensó en lo diferente que sería el mes de diciembre, sin el familiar olor de la hallaca, ni el animado sonar de las gaitas.

Sin embargo, el joven inmigrante también pensó en los paisanos que aun hacían fila en los puestos fronterizos, con sus desgastadas cédulas en la mano, sin saber si lograrían pasar. Pensó en las personas a las que el frío páramo de Colombia les había congelado hasta el alma, perpetuándose allí donde cerraron sus ojos por última vez, así como en las personas que caían en las manos de la guerrilla. También pensó en la gente

de su amada ciudad natal, las de más bajos recursos, padeciendo enfermedades que no podían tratar o en el hambre que muchas veces no podían zacear. Y, finalmente, pensó en lo afortunado que era por haber llegado hasta allí y hacer lo que hacía.

Aunque la tristeza lo dominaba muy seguido al pensar en la situación, su perseverancia y aptitud le concedían beneficios. Poco a poco, conoció el lugar en el cual se acentuaba su vida, encontró las oportunidades que tanto ansiaba y hasta se topó con el amor. Sin embargo, día tras día, teniendo apenas unas cuantas horas a la semana para descansar, pensaba en los fulgurantes días que acontecían en Caracas, siempre tan omnipotente a pesar de la desgracia roja que se acunaba en ella; pensó, como nunca antes había pensado, en lo majestuosa que era su nación, en las miles de cosas que haría cuando regresara a ella una vez acabada la tiranía, y en como todo lo que había pasado en su vida desde el momento en que cruzó la frontera cabría perfectamente en su maleta, que aunque ya no agolpaba nada en su interior, siempre estaría allí, esperando el momento de regresar.

Tarea de historia

Por Yuleidys K. Martinez

Mientras hacía la tarea en la sala creí escuchar la voz de mi hermano en la entrada de la casa. Mi corazón se agitó de alegría, tanto así que salté de la silla enseñada para ir a verlo, pero cuando me levanté, recordé que mi hermano tiene más de un año que emigró. La casa está silenciosa. Mi abuelo ya no enciende la televisión porque “no quiere ver ficción en los medios” prefiere sentarse en la esquina, en la calle, a mirar la gente pasar. Dice que cada día cuenta menos gente que le da los ‘buenos días’. Mi abuela ya no prepara un termo de café por las tardes, apenas quedan dos vecinas en la cuadra que vienen por raticos a orar por sus familiares que salen de viaje y luego irse a la iglesia.

Ya nadie se queja del ruido de la pelota golpeando los portones, es que todos los jugadores se han ido. No se escuchan las voces de los chamos hablando de beisbol en las aceras, ni la música de Radio América, ni las campanitas del señor con el carrito de helados. Ya nadie barre las hojas secas del almendrón por las

mañanas. La calle está silenciosa y sucia. Apenas se escucha el chirrido de la bicicleta de un señor que va pasando. De debajo de la mesa salió corriendo el perro a ver quién era dando dos ladridos. Se ha puesto flaco, se le notan los huesos, ya no juega como antes a perseguir a la hija de la vecina cuando salía a comprar téticas de café a la bodega, tampoco persigue a los motorizados, se ha puesto viejo sin aprender que no toda la gente que pasa va a entrar. Siempre llega hasta la reja, mira, no ve nadie acercarse, entonces se da la vuelta y vuelve a echarse.

Mi papá dijo que no trajera animales a la casa, pero él está tan solo como yo, así que cuando lo vi en la calle, lo perseguí y me lo traje. De todas formas, mi papá también se fue y ya no hay forma de que puede regañarme.

“Mijo, ¿quieres un juguito?”, mi abuela me habló desde la cocina.

“¡Sí, abuela!”, le respondí. Cerré el cuaderno con la tarea de Historia a medio terminar.

“Guayaba”, dijo pasándome el vaso. Mi vaso siempre ha sido el pequeñito de aluminio. Hoy me dio en el de vidrio que era de mi hermano. “¿Ya terminaste la tarea? Quiero que me ayudes a arrancar el monte del frente. La mata de acetaminofén está bonita.”

“Ya casi termino. Es que... me distraje.” A veces imagino que es mi hermano quien llega de la universidad con pan caliente a la hora del café con leche. O a papá

con la malta grande y unas canillas. Sus voces parecen fantasmas que rondan en la casa siempre.

“Termina eso porque ya va a llegar tu mamá.” Mi corazón se alegra de nuevo.

Cuando llega mi mamá es como si un portal a otro mundo se abriera. Cuando ella llega, nos sentamos todos en la sala, llamamos por videollamada a mi papá, a mi hermano, a mis tíos y primos que están afuera. Es el ritual de casi todas las tardes desde hace un tiempo. Según mi tía, cada vez estoy más alto. Según mi papá, mi abuela está más bella. Según mi hermano, mamá está envejeciendo. Según el reloj, el tiempo sigue transcurriendo, sin embargo, yo creo que todo se detuvo y sólo anda cuando alguien contesta la llamada.

“La tarea y la historia nunca terminan, abuelita.”

Por si acaso

Por Evelyn Amaya de Sierra

No, mijita, eso hay que tenerlo listo, por si acaso, nos decía. Yo alababa lo previsora que era mi amiga, que había legalizado y apostillado todos sus documentos, por si acaso. Admiraba su resolución frente a los trabajos burocráticos. Aunque, mentalmente, rogaba que ese acaso fuera solo eso; un acaso, una contingencia frente a la que mi familia y amigos seríamos inmunes. Recuerda la canción, amiga: “por si acaso yo no vuelvo me despido a la llanera...”, solíamos jugarle chanzas con su “por si acaso”, porque era inevitable tocar el tema del país cuando nos reuníamos a compartir un café por puro gusto, porque el momento se prestaba. No como ahora, que sientes culpa por “malgastar” el dinero con los amigos. Entonces, ella se defendía de nuestras bromas con aquel gesto suyo de tocarse la uña del pulgar con su dedo índice, con aquella inagotable sonrisa florecida en su boca. Es que una no sabe si las cosas empeoran. Mi quincena solo alcanzó para comprar un pedazo de queso pequeñito. Sí, mi mamá tiene el carnet de la patria y está en el clap, pero esas son unas tremendas colas y hay que madrugar, ¡y con sus várices! Al menos todavía podemos medio comer, hasta que la conversación empezaba a zigzaguear por derroteros más amables, y la vida seguía... Mi amiga

viajaba a Bogotá para acompañar a su hijo que iniciaría estudios universitarios por allá, decía. El padre del chico era colombiano, por eso su hijo tenía la nacionalidad, además, en aquella ciudad estaban los tíos y podían ayudarlo... Con cada viaje, ella se encantaba más con Bogotá, le fascinaba el aire de aquella ciudad inmensa y cosmopolita, el Transmilenio con su gente educada. ¡Claro!, también hay que tener cuidado, porque es una ciudad violenta y hay delincuencia. Pero la gente se viste tan elegante, amiga, en ese clima tan frío, las mujeres van con sus abrigos oscuros, con sus botas y sus looks modernos. Los asientos de los cines están numerados y no hay buhoneros en las aceras de Bogotá. Con cada partida, las reuniones y los cafés se distanciaban, mientras que el estilo de mi amiga se volvía más bogotano; el pelo cuidadosamente trabajado, las botas altas y ajustadas, hasta llegó a comprarse un chaquetón en uno de aquellos viajes, por si acaso. Obviamente, no para Valencia, porque con este solazo es imposible llevar los envidiables abrigos de las chicas bogotanas. Frágilmente, como el aleteo de una mariposa, comenzaba a insinuarse lo inevitable. Contaríamos unos cuatro viajes a Bogotá: para sacar los documentos del hijo, para inscribirlo en la universidad, para ambientarlo en aquella gran ciudad y familiarizarlo con sus intrínquilis y, finalmente, para instalarlo con los tíos en Usme. Sin embargo, mi amiga insistía en que no se iba, porque con quién dejaría a su mamá. Yo creía que, de marcharse, avisaría con tiempo y tendríamos una despedida, pues éramos amigas, así lo entendía, y los amigos se revelan sus planes. Inadvertidamente, el tiempo, con su presteza, nos empujó hasta el último mes del calendario, nos

felicitamos las Pascuas y el siguiente giro solar. ¡También sería la última vez que vería a mi amiga! Como un golpe seco, llegó la noticia junto con el nuevo año. ¿Supiste?, espetó alguien, la amiguita renunció a la universidad; desde Bogotá, agradece nuestra amabilidad...

Con seguridad, hoy muchos venezolanos, como yo, conocerán lo que se nos quebró por dentro. Desde entonces, a mi amiga no le he vuelto a hablar, pues todavía siento en mi costado la acerada punta de un puñal. Por si acaso.

Isabel

Por Gabriela Camero Márquez

Dejamos Venezuela con tres maletas, un puñado de dólares y los nervios alborotados detrás de una sonrisa de certamen de belleza. Era ahora o nunca. Era el momento de ir-a-quién-sabe-dónde o deslizar el pie por la pendiente donde se habían caído todos los sueños del futuro.

Escondí el miedo tras capas y capas de esperanzas. Había escuchado cuentos. Algunos buenos, unos malos. Ninguno tan terrible como la Venezuela de la que nos habíamos despedido. Dejamos Maiquetía con los ojos secos y el alma empapada. Todavía mi cuerpo tiembla ante el recuerdo, procurando seguir guardando mi incertidumbre como un secreto.

Isabel duerme a mi lado, entre mi esposo y yo. Solo hay una cama en la habitación, y los tres nos volvemos pequeños para acomodarnos, flexionando las rodillas, encorvando la espalda, bajando la cabeza. Durante la noche, escucho las cavilaciones de mi esposo. Manuel ha perdido el sueño y lo ha reemplazado con tribulaciones, pensando en mañana y en pasado mañana y en el dinero que se acaba y en el trabajo que recién le pagarán en dos semanas.

Todos los días vivimos la noche más silenciosa de la historia. La calma fortalece mis pesadillas. Cuando por fin comienza a amanecer, me arreglo para ser la primera en agarrar parte del desayuno continental. Manuel come despacio. Sé que ha contado el dinero que queda. Ha perdido el apetito. Ha perdido las fuerzas. Por primera vez desde que lo conozco, descubro una pizca de desesperación en el borde de sus ojos. Entiendo, sin mediar palabras, a qué se debe.

Solo hay dinero para dos noches más en el hotel.

Solo hay dinero para dos noches más, y a él le pagan en dos semanas.

Solo hay dinero para dos noches más, y yo todavía no consigo empleo.

Antes de pisar la tierra de nuestro exilio, nuestros amigos nos habían asegurado que nos darían una habitación, comida y transporte. Los amigos nunca llegaron. Nos avisaron que no podían. No hemos vuelto a saber de ellos.

Manuel se despide con un beso. Intenta, con más desespero que cariño, convencerme de que todo irá bien. Quiero que sus palabras se conviertan en augurios. Rezaré por ello, a la virgen y a todos los santos y a todas las ánimas. Haré promesas.

Le digo a Isabel que tenemos que salir. Debo seguir buscando empleo. No tengo con quién dejarla, no conozco a nadie.

En el pasillo, llevando a mi hija de la mano, el teléfono suena. La suelto y atiendo, ansiosa. Es de una agencia. Me dice que me han conseguido un puesto de limpieza. Sí, digo, aceptando de inmediato. Estaré allí pronto. Cuento conmigo. Muchísimas gracias.

Cuelgo, y me pregunto qué hacer con Isabel. No hay manera de que me acompañe. Tampoco la puedo dejar sola. Es muy pequeña. Qué hago, qué hago, qué hago.

Una mujer me observa desde la puerta de su habitación.

—¿Ya tienes quien te la cuide? Si no, lo hago yo.

Su acento es venezolano. Reconozco mi país en sus facciones. Su rostro proviene de la costa, con arrugas producidas por el sol, con los ojos profundos y oscuros como el mar.

—¿Me haría el favor? —pregunto. No la conozco de nada. No sé quién era en Venezuela, ni qué hace aquí.

—Por veinte chavos.

Isabel me mira, y sus ojos inocentes están libres de todo juzgamiento. Soy yo la que se condena cuando le digo que todo irá bien, que la buscaré más tarde, que sea buena niña y se porte bien.

Le doy un beso con sabor a sal.

Nunca quise irme, pero me obligaron a hacerlo

Por Francisco Marín

El mapa de Venezuela tiene forma de vaca. Ahora tiene una sola pata, y con el tiempo ha roto el concepto de ese noble animal para transformarse en un toro con cachos occidentales que despotrica en una manga de coleo expulsando a todo aquel que lo intenta cabalgar.

En eso se ha convertido la vaquita mariposa, en un trozo de tierra que cambió el petróleo por la sangre, y ahora pisotea nuestros sentimientos. Nos transformó en seres con lengua mocha que prefieren callar antes de explicar algo que ni nosotros mismos entendemos. Las bocas venezolanas solían hallarle un buen sabor a las palabras: “me voy a otro país”, pero ahora son difíciles de masticar, como si alguien te abofeteara mientras intentas hablar.

Ya no emigras cuando cruzas nuestra triste frontera, o cuando vuelas en nubes desconocidas. Mi experiencia no fue así. Comencé a irme el 19 de agosto de 2014, a las 5:50am. Estaba en la comodidad de mis sueños, mientras cinco balas le iban agrietando la cabeza, los hombros y la espalda a mi papá.

La violencia me regaló mi primer pasaje, ese delincuente me montó en un avión sin yo habérselo pedido, y en lugar del pasaporte, me selló la vida. Las primeras palabras de mi hermano mayor fueron: “mataron a papi”. Pero aún no me iba, mi pasaje tenía fecha para el 11 de enero de 2019, porque todavía tenía una carrera universitaria por terminar, y otra carrera para que no me atravesaran los balazos.

La crisis nos hace emigrar a pedazos. Te vas cada vez que uno de los tuyos se despide. Te vas con tu mamá, que se fue primero que tú y te dejó en esa casa que la llora los domingos por la mañana, cuando rodaba hasta tu cama, contigo acostado en ella, para limpiarte el alma.

Te vas con tu mejor amigo, que te dejó unas franelas que no le cabían en la maleta, y a cambio se llevó recuerdos contigo. Te vas en esa navidad en la que falta gente en tu mesa, y das el feliz año con el teléfono en las manos y las lágrimas en la terraza de los párpados. Sigues en Venezuela, muy ido, hasta que eso que tanto postergaste llega, y tocas el suelo de un lugar en el que puedes comer más de tres veces al día.

Pero ese momento viene en pandilla. Está listo para

movertte sentimientos que no conocías. Y repentinamente eres el tema de conversación en varios chats:

“¿Saben algo de lo que le pasó?”.

“Le escribí pero no me ha contestado”.

“¿Cuál es su número?”.

Sí, es verdad, me fui. Y, si ese 11 de enero que llegué a Trinidad y Tobago, me hubiesen dicho que tres meses después, me estarían apretando unas esposas en las muñecas por primera vez en mi vida, me hubiese regresado nadando.

La sensación fue similar a la de aquella vez que le hice una pregunta a Diosdado Cabello en televisión nacional y anotó mi nombre en su libreta. Me sentí atrapado, pero ahora sí estaba pasando; me llevaban a una sucia cárcel migratoria.

Fueron cuatro días con hedor a delincuencia extranjera, pero me di cuenta que el contraste huele diferente: en Venezuela, una dictadura hace que te sientas preso cada día de tu vida, pero acá afuera, la sensación se fue cuando me quitaron esas esposas de metal oxidado. Afortunadamente no me regresé nadando.

Y no, nunca quise irme, pero aquellos balazos, tantas despedidas, las amenazas, la soledad, y los rasguños de la crisis, me obligaron a hacerlo.

Los primeros días

Por Emmanuel de Jesús Rincón Meneses

Cuando llevaba seis días de haberme ido de mi país el llanto me sobrecogió, no sucedió nada especial, sencillamente iba trotando por las calles de Bogotá para tratar de aligerar la tensión cuando mi cuerpo se detuvo y comencé a llorar en medio de un ataque ansioso, ese llanto me llevó de vuelta a la habitación que había alquilado para que mi cabeza tuviese un lugar en el cual descansar, sin embargo a ese sitio difícilmente podría llamársele casa. Lo cierto es que al llegar a esa construcción donde se alojaba toda mi vida en dos maletas, me fui a la ducha para sacudirme la emoción y en vez de ello bajo el agua el llanto se contagió y durante los próximos veinte minutos no hice otra cosa que darle golpes a la pared y sentir que la ansiedad me estaba llevando una vez más a los laberintos de la muerte. Un tiro a la cabeza o un pasaje de vuelta parecían ser las únicas opciones que me quedaban.

Al salir del baño procuré calmarme, pero al volver a verme encerrado en la habitación de mi exilio el llanto se dio cuenta que todavía podía controlarme; la

cama me recibió de brazos abiertos manipulándome para no abandonarla, allí los demonios devoraron mis sonrisas y me hicieron arrepentirme de haber nacido, creería que en años no había estado tan deprimido, pues después de un par de horas todavía no me había podido levantar, y aunque no soy esquizofrénico, voces malignas y escollos por todo mi cuerpo me pedían abandonar el barco. Yo podía morirme, o dormirme también, me daba igual, tan solo quería no existir en ese instante, pero, ¿por qué? Porque sencillamente Mr. Hyde había salido a flote.

Desesperado llamé a mi hermana buscando consuelo, era la historia de mi vida. En ese momento pensé que en vez de estar solo en una habitación al norte de Bogotá con lágrimas en mis ojos, podría estar en mi propio apartamento con todos mis amigos bebiendo unas cervezas, haciendo comida, siendo feliz, pero eso era un sueño imposible, imposible porque mis amigos tampoco estaban ya en mi ciudad, estaban repartidos por Beijing, Lima, Madrid, Nueva York, Miami, Buenos Aires, todos buscándose un futuro que Venezuela ya no podía darles.

Siempre me he acusado a mí mismo de sentimentalista, a mi entender a algunas personas se les hace más fácil desprenderse de su patria, sus quereres, afectos, lugares, pero para mí aquello siempre ha sido una epopeya, para mí el único hogar es el que está cargado de amor verdadero, y ese amor verdadero solo lo construyen los años y las raíces. La pregunta eterna que no para de sonar en mi cabeza es, ¿qué sería de nuestras vidas si el chavismo no hubiese llegado al

poder en Venezuela? ¿Cuántas familias han separado? ¿Cuántas vidas han destruido?

Más de dos años después de esa separación forzosa me he acostumbrado a estar solo, ya no hay ni sombras de aquella ansiedad que sentí los primeros meses después de abandonar mí hogar; el ser humano es un animal de costumbres, me he podido adaptar a la distancia, la soledad, y las conversaciones virtuales. Ciertamente la migración nos hace a todos más fuertes, pero hay algo que debemos siempre resaltar: estar lejos de nuestros padres, hermanos y amigos, no es el orden natural de las cosas, no es la vida que uno espera. Reconstruir el país también pasa por reunir los afectos.

Un cuarto con nubes

Por María Julia Baccino

Podría ser un día como cualquier otro, de esos que te levantas pensando en cuándo va a llegar el ua, si se irá la luz o qué preparar de almuerzo y vas meditando en cómo sobrevivir en este páramo de ausencia que es Venezuela. Entonces, después del café, subo la escalera y abro la puerta de su habitación.

Es tan linda en la mañana!! Con esa luz radiante que entra por el este y la atraviesa con la brisa del mar. Siempre me pareció tan rebotante de alegría, de su risa y la de su hermano, tan llena de música y color, de todo lo burbujeante que eran sus vidas.

Surgen en tropel los recuerdos desde la infancia, cuando me llamaba a medianoche con los “dolores de piernita”, esos calambres que le daban a los tres o cuatro años, y eran la excusa para hacerle mimos con masajes mentolados, hasta que se volvía a dormir. O aquella vez que corrimos alarmados porque su hermano se cayó de la litera y pasado el susto, porque él siguió dormido sin enterarse de nada, nos desternilla-

mos de risa los tres. O ya grandes, cuando acampaban con sus amigos, aquellas sesiones maratónicas de video juegos, de improvisados conciertos de jazz, o las charlas de los últimos tiempos, donde se conjugaba el verbo emigrar.

Son sólo cuatro paredes blancas, una litera, la biblioteca y una silla. Aún después de reiteradas limpiezas, sobreviven la colección de aviones, la guitarra y las quillas de la tabla de surf. En el armario está la camisa de rayas que usó la última noche, esa que demoré en lavar como inútil antídoto contra la nostalgia.

Por la tarde, el sol se va, me recuesto y miro las nubes pasar. Deben ser las mismas nubes que se posaron hace seis mil kilómetros sobre su cabeza, nubes blancas en cielo azul, nubes argentinas que me sonríen, que traen mensajes del sur para los que nos quedamos en estos cuartos de paredes rotas y guitarras sin música. Observo los pájaros volar, se ven pequeñitos allá arriba, como nuestros hijos migrantes, tan alto y tan lejos de sus nidos.

Me quedo dormida. Sueño con abrazos, con música y alboroto. Casi al atardecer me despierta mi marido, le han llegado mensajes y fotos en el celular. Nos sentamos a mirarlas en el sofá, está distinto... más maduro... tan parecido a su padre a esa edad. Sonríe con su novia y sus compañeros de universidad frente a una mesa llena de planos. Como cada vez en los últimos tres años, regresa aquella imagen de despedida, ese muchachito delgaducho con cara de desconcierto y veinte kilos de ilusión metidos en una maleta. Escu-

chamos otra vez el audio, nos cuenta de su vida, su trabajo, sus logros, nos detenemos en cada frase, en la tonada sureña que se va acentuando... Se oye tan cerca y tan lejos a la vez.

Vuelvo a su cuarto, paso la mirada por la repisa de aviones, apago la luz y cierro la puerta muy despacito, para que ningún recuerdo se escape, para que esas nubes emisarias de abrazos y sonrisas queden allí suspendidas hasta el siguiente día.

El hijo, la madre y el carnicero

Por Dalila S. Solórzano Casanova

EL HIJO

Sus hermosos ojos azules quedaron cubiertos de sangre, tiñendo de rojo todo lo que veía. Su boca entreabierta musitaba el himno nacional. Estaba tendido sobre los escombros mientras el carnicero ponía el cañón de la pistola sobre su cabeza. En ese momento se miraron a los ojos pero el moribundo eligió cambiar la dirección de su mirada, porque no quería llevarse en las pupilas esa horrenda figura.

Las granadas y el cohete habían destruido el Chalet. La neblina que se colaba entre las ruinas le hizo recordar cuando comía cachapas en el Junquito. Herido de muerte respiraba con dificultad. Sus cabellos dorados ahora estaban opacos por el polvillo. En su mano derecha apretaba con fuerza un escapulario...

LA MADRE

Era hora de marcharse. Miró atrás para comprobar que él no estaba. La brisa caribeña le trajo olores ve-

nezolanos; respiró profundo para llevarse de contrabando un poquito de ese aire. En cuanto vio la obra de Cruz Diez, se le anudaron los sentimientos. No quiso tomarse fotos en el aeropuerto. Era difícil pisar esos colores. Entendió por qué la policromía se quedaba empotrada en el pecho de cada venezolano que se marchaba. Hay quien dice que la obra de arte está hecha con los corazones rotos de quienes partieron. Mas no el de ella. El suyo no estaba bajo el esternón pues ya se lo habían destruido en el Junquito.

Miró nuevamente. No perdía la esperanza de ver a su hijo de pie tras ella. Quién sabe si la patrona de Venezuela le había hecho el milagro ¡porque de milagros está hecha Venezuela!

El aeropuerto estaba cundido de despedidas que la agobiaron. Pasó Migración y buscó la puerta de embarque que decía su boleto. A su alrededor la gente cargaba sus abrigos y maletas. Ella solo llevaba un bolso de mano y el acta de defunción, sin embargo, se sentía fatigada por cargar un peso enorme: El duelo de una madre.

EL CARNICERO

El asesino con aspecto de mastodonte urbano subía la ladera. La neblina se iba disipando con cada paso que daba. Sus ropas blindadas con kevlar le subían la temperatura corporal y eso lo ponía de mal genio. Pasaba el pañuelo por su frente. Se detuvo; metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pajilla recortada. Aspiró torpemente dejando polvo blanco

sobre sus gruesos bigotes. En su cintura llevaba una pistola PL-15K, obsequio de otro tirano. Caminó entre los escombros. Cogió su pistola, la montó y se inclinó sobre el moribundo. En lo que la boca del cañón tocó la frente, sus miradas se cruzaron. El carnicero del Junquito sintió pánico de esa mirada limpia y etérea que le hizo recordar a los ángeles que lo habían expulsado del Paraíso. Luego los ojos azules teñidos de sangre cambiaron la dirección de la mirada hacia las hermosas montañas. El carnicero disparó sin parar hasta que la piel de su mano quedó atrapada por el carro de la pistola.

Dos guacamayas sobrevolaron el lugar. A lo lejos unos perros frenéticos aullaban y ladraban. El carnicero prendió un habano. Dos fumadas bastaron para inundar el lugar con olor a tabaco. Después hizo una petición a sus acólitos:

—¿Algún camarada podría colocar musiquita cubana para bailar?

LA OTRA DIÁSPORA.

Son las víctimas que se van al cielo. Los que se quedaron viviendo en las fotografías. Aquellos que se nos hacen eternos en los sueños, los que no volveremos a abrazar.

Esa diáspora venezolana que cuando esta pesadilla acabe, son los únicos que no regresarán a casa.

Hogar

Por Roberto Enrique Araque Romero

No hay lugar como el hogar. Independientemente de la condición social o donde te encuentres terminas por extrañar a las arepas, el arroz con leche o el mal llamado y antihigiénico perrito caliente de la esquina. Incluso, aun cuando usas la misma harina, la arepa no tiene el mismo sabor que en Venezuela y nunca, pero nunca, te saldrán tan redondas como las de tu mamá. Ni hablar de las hallacas, las cachapas, el mondongo, la música, las conversaciones o el sentido del humor. La diferencia es apenas perceptible, sin embargo, se vuelve muy evidente durante la época decembrina.

Cuando se está en el extranjero uno se siente aislado entre gentes extrañas. Y no me mal interpreten, me han tratado muy bien y, por lo menos donde estoy, son respetuosos, cordiales y receptivos, sin embargo, no es igual; nadie te dice “marico”, “chamo” o “pajuo” con ese candor venezolano ni te echan chistes que te parten de la risa, tampoco te sonríen cuando saludas y mucho menos pregonan el típico “dichosos los ojos que te ven”. Emigrar no es fácil. Lo primero que se aprende es que la puntual impuntualidad venezolana no tiene lugar fuera de sus fronteras, además, la frase “éramos felices y no lo sabíamos” se vuelve axiomá-

tica. Mucho antes de todo ese desastre revolucionario y, a pesar de todas las carencias, Venezuela era el paraíso en la tierra; tiene un clima perfecto, playas hermosas, selvas, montañas, además, estaba el asunto de que la gasolina era regalada, los servicios básicos subsidiados, la educación gratuita y podías construir tu vivienda sin muchas restricciones prácticamente donde quisieras. Asimismo, no existía ese odio entre venezolanos; estaban los “adecos” y los copeyanos, los “magallaneros” y “caraquistas”, pero al final del día todos se arrejuntaban y formaban una gran familia. Durante mi infancia escuché algo sobre una Guerra Fría y pensé que tenía que ver con el ártico, de igual forma me enteré de que en Colombia existían guerrilleros, pero nada más. Pues ese era mi hogar, y lo he dejado.

Emigré mucho antes de emigrar. Abandoné Venezuela justamente el día cuando observé a un paisano insultar a otro por el simple hecho de pensar diferente. Allí, en ese instante, comprendí que ya no tenía país. Yo no pertenezco a ese lugar de odios, rencores, pranes, narcotraficantes y guerras. Mi hogar era el de “Caracas-Magallanes”, “Radio Rochela”, “el Zorro” o las arepas rellenas con huevos revueltos y mantequilla que mi mamá preparaba en la madrugada. Y sin embargo, antes de partir, lloré como un niño en el aeropuerto. A mi lado estaba una chica, también lloraba. En algún momento cruzamos miradas y me reconfortó saber que no era el primero ni el único que se despedía de su gran amor. Fue un vuelo directo, desde Caracas hasta Madrid. No dormí. Al llegar a mi destino me tropecé con la misma chica; me miró,

sonrió y siguió su camino. No he vuelto a verla, espero que esté bien y que Dios la guarde y proteja. Ya tengo varios meses en este país y, a pesar de que soy ingeniero, me tocó trabajar descargando camiones de mudanza, cuidando a un anciano y lavando platos en un restaurante, pero no me quejo. He tenido suerte, a otros les ha ido peor, además, conocí a una mallorquina que me ayudó en una infinidad de cosas y confío que dentro de un par de años podré ejercer mi carrera. Pero, mientras tanto, sigo luchando y cada vez que escucho a alguien decir “Chamo”, sonrío y le pregunto:

—Marico. Eres venezolano, ¿verdad?

Cinco y emigra- acción

Por Carlos Roa

Prólogo

Algún momento de 1998. Trabajaba en una agencia de publicidad, en el boyante y próspero sector capitalino de Las Mercedes. Un día, en una de esas conversaciones de oficina, un visitante asomó que Hugo Chávez había subido al primer lugar en las encuestas por las elecciones presidenciales. Sí, el milico felón de 1992. Desde las tripas solté: “Si eso sucede, me voy del país”. Ese día comencé el largo camino de la emigración.

Primer acto

Mismo año. Llegar en plena campaña electoral a la casa de un amigo bonachón, escritor y culto. Y llevarme la sorpresa de que me reciba exhibiendo con orgullo su boina roja. ¡Pero si nosotros somos de la misma acera! ¿Cómo va a estar él aplaudiendo la barbarie? Algo se fracturó en el país. Lo que no imaginé fue que esa grieta terminaría por tragarnos a todos.

Segundo acto

13 de abril de 2002. Al aire, en Radio Capital, con chavistas armados frente a mí. Venían a contar a la fuerza su versión de la masacre del día 11 en el centro de Caracas. Evidentemente los dejé hacer y, tras quedarse sin nada que decir, se largaron. No hubo bala con mi nombre.

Tercer acto

2008. Habían cerrado Radio Caracas Televisión y el panorama para los medios de comunicación pintaba negro. Exploré trámites para emigrar a Estados Unidos o Canadá; pero Panamá me pareció mejor, porque mi mamá me acompañaría. Allá me ofrecieron trabajo como profesor en una universidad. Lamentablemente, aquella oferta no se concretó. Postergué hasta nuevo aviso la decisión; pero el propósito ya se me había instalado en la mente y el alma.

Cuarto acto

Entre 2010 y 2012, todo se precipita. Mi mamá fallece repentinamente, de un ataque al corazón. Transitando el duelo, comienza a afinarse la certeza de que ya nada me amarra a Venezuela. Pero decido unirme al comando de campaña de Henrique Capriles, para las elecciones presidenciales de 2012. Eduardo ya era mi pareja y me espeta: "Si pierde Capriles, me voy". Le replico, convencido: "Va a ganar". Pero perdió. El 8 de octubre, Eduardo vuelve a la carga: "Me voy. ¿Te vienes conmigo o te quedas?"

Quinto acto

Él partió adelante, mientras yo arreglaba mis cosas. Buscar un lugar en el mundo llevó tres años: Madrid, Lisboa, Costa Rica, Texas, Miami. Finalmente, este último fue el elegido. La bendición de poder casarnos y establecer legalmente nuestra relación. Regresar a Venezuela y hacer de tripas corazón mientras sobrevivíamos la experiencia de desmantelar nuestro hogar. La historia de tres generaciones de mi familia, puesta sobre un mantel en el piso del mercado de los corotos. El 90% de mi biblioteca donado al Banco del Libro y a mis alumnos. Papeleo. Enfrentar por última vez a las pirañas y hampones que se reprodujeron por mi país y que envenenaron todo, pero tenía que hacerlo para escapar. Elegir la aerolínea que tratara mejor a Kimberly, la mascota que había heredado de mi mamá. Ir despidiéndome poco a poco de El Hatillo, de Los Roques, del Ávila. Y no contarle a nadie la fecha del viaje, porque no me atrevía a decir adiós.

Epílogo

18 años después de aquel “Me voy”. Despertar una mañana de octubre de 2016 en un pequeño apartamento tipo estudio en Miami Beach. Eduardo, Kimberly y yo, suficiente para volver a levantar un hogar que estuvo suspendido tres horas en el aire, sobre el mar. Con las dos maletas. Sin almohadas. Con tres latas de atún, pero sin destapador. Y con un vacío. Un vacío que también fue paz.

Las siete mariposas

Por Rocío Díaz

Apagaba la luz de la mesita de noche con la mirada extraviada entre las ramas del árbol que ya rozaban mi ventana, y siempre vuelve la misma sensación de oscuridad, la misma soledad, el mismo sueño...

Mamá y Nana preparan el ritual del desayuno sabatino, amasan las mandocas, alían el sofrito de la carne mechada y espolvorean la espuma del café con aquel cacao que habíamos comprado en la feria del mercado, muy cerca de casa. Los aromas me distraen del juego; no puedo evitar sucumbir ante la tentación de mi plato favorito. Corro a la cocina y veo una lluvia de ese cacao caer sobre la piel de mamá; es la invitación para que mis dedos inquietos le hagan nubes de chocolate a sus manos.

Un fuerte estruendo nos sacude, y en minutos el humo picante detona el asma, la ansiedad, una furia repetida. Nana corre a ponerle velas a la Virgen que adorna la entrada de su cuarto y luego se sienta frente a mamá y a mí. Nuestro particular festín ha ter-

minado de manera abrupta. Con mis codos apoyados sobre mis rodillas, la barbilla sobre mis manos y los ojos de las tres cruzando la habitación principal, dejo salir mi voz sin asomo alguno de miedo: ¿Y ahora qué hacemos? “Irnos, mi niña”, fue lo que dijo mi madre. Dos semanas atrás, nuestro vecino del piso tres, el Sr. Filippo Rocca, un Italiano ferretero de facciones duras pero buen corazón, nos había obsequiado con una fotografía del piso del aeropuerto internacional de Maiquetía, tomada por su hijo. Filippo solía compartir largas tertulias con mamá sobre la época en que habían llegado a Venezuela por barco, y libros sobre biografías de periodistas latinoamericanos. Los colores brillantes de esa fotografía se reflejaban en los grandes cristales del balcón, como un prisma.

La tarde se fue suavizando después de varias detonaciones y la revuelta civil. Me llamó la atención el revoloteo de siete pequeñas mariposas blancas que chocaban una y otra vez con el vidrio, buscando incessantes salir a través del multicolor reflejo.

En mi calle de Sant Cugat, ha empezado el otoño, y el frío entumece mis huesos. Un fuerte ruido me despierta de golpe, piedras que rompen cristales, gritos y consignas. De inmediato me inunda el pensamiento melancólico de que las ciudades en furia son iguales aunque mis oídos escuchen otro idioma.

Inmigré hace un año a Barcelona, buscando un poco de normalidad después de la muerte de mi madre. Escogí esta ciudad por la insistencia de dos grandes amigos de la infancia que ya se habían abierto camino

aquí con éxito, por mi gusto hacia Gaudí y las bondades que tiene el expandirte al mundo.

Veo en la pared, tras el sofá estampado con mariposas blancas, la fotografía del piso del aeropuerto de Maiquetía, la obra «Cromointerferencia de color aditivo», del maestro del cinetismo Carlos Cruz-Diez, con más pies de los que recuerdo haber despedido. Me sorprende la misma soledad, la misma sensación de oscuridad, otra patria...

Suena el timbre, Filippo mi casero, un joven atento y responsable, viene a ver que esté todo bien.

Filippo es un chico de Buenos Aires, un inmigrante como yo, uno más que busca sumarle a su pasaporte sellos de bienestar.

El desasosiego del arraigo

Por María Andreina Caballero Olivieri

Cinco días muy oscuros, producto de la indolencia de aquellos titiriteros que manejan un país desangrado y ajusticiado; 6:35 de la tarde, el sol caía, ofuscaban sus últimos rayos sobre mi rostro. Mi corazón se dividía entre lo que quería y lo que debería, buscaba boletos de aprobación en amigos, familia y hasta en el infinito. Y ¡boom! ¡Llegó la luuuuz! exclamamos al unísono. Los días pasaban y con temor, volvíamos a respirar, a retomar nuestras rutinas. Eran las 4:35 de otra tarde calurosa, y se nos apagó la esperanza nuevamente, como buitres que persiguen a una liebre herida, quedamos desamparados, desinformados, llenos de furia y desesperación.

Magullada, estropeada, y cansada, decidí emprender un viaje, al otro lado del mundo, en donde tenía viejas raíces; dejé como un bebé abortado, proyectos, sueños y amores. Bastaron unas cuantas prendas de ropa, cuentas en orden, y un billete con destino a Venecia, pero quería meter todo el amor de quienes me amaban en mi maleta, como un recuerdo tangible de quien era. Llegué a suelos italianos, y ya comenzaba a contracturarse mi alma, es muy difícil olvidarse de la

calidez, de la cultura bonachona de tu nación.

De sopetón y como un ciclón, comenzó mi travesía, las oficinas hastiadas de burocracia, con una frialdad polar, como estatuas de mármol. Esta travesía, al parecer es más compleja para un "legal", pese a que en un papel eres el mismo gentilicio, tu lengua no se desdobra a merced de los acentos arraigados del "baquiano", no te mezclas, pues le temen demasiado a lo desconocido, y terminas siendo un "parfait" exótico incomprensible, de esos que solo los excéntricos compran en las pastelerías.

Sin expectativas, con anhelos, y con pocos centavos en mis bolsillos, me quedaba solo ganar, pues ya hasta la identidad perdía, ni blanca, ni morena, sin la estereotipia de la "latina". En ríos de rostros me perdía ocasionalmente, tratando de leer, buscando formas de pertenecer, cada uno con sus culturas salvaguardadas, y la mía a 9.300 kilómetros de distancia, eso tampoco se vino en mi maleta.

Entre mis sonrisas cálidas, el sostener la puerta a quien venía detrás, entre el esfuerzo y el vaivén de pertenecer a algo, me fui secando como cedro en verano. Cada vez sonrisas más vacuas e inanimadas, cada vez se apagaba la luz de mi alma, como un mechero en agonía. ¡Vaya si lo intenté! Descubriendo sabores nuevos, bebidas y aventuras, pero sin los míos, los que se ríen de mis rarezas con ternura. Así mis ojos se fueron convirtiendo en dos bolas vidriosas, donde imperaba la tristeza.

"No puedo más" ... fue lo único que escuché, en-

tre turbulentos pensamientos. Sentía que me habían arrancado la esperanza, la dicha, como un “dementor”, temblaba atribulada al no vislumbrar mi regreso, a todo lo que conocí y amaba, que me negué a ver, pero que allí estaba, en prosa poética recordaba mi sol, mis olores, mis problemas, mi país. Ya no tenía fuerzas ni para odiar a los titiriteros malévolos.

Y así se cumplió el presagio, que en ocasiones algunos me repetían, cuando necesitaba socavar mis miedos “lo peor que puede pasar es que te regreses”, y ¡volví!, volví para recordarme, para renacer como fénix entre las cenizas, para readquirir mi identidad sin espejos, aquella que parecía había quedado pegada en una nube cuando me fui. Aquí estoy, un poco perdida, un poco vacía, en reconstrucción como de arcilla, uniendo diminutas piezas frágiles, tratando de recordar quien era, de revivir a quien ya no existe, pero que siempre acaba siendo la misma.

La barca de huida

Por Luis Roncayolo

Rotos los zapatos, lodo debajo de las uñas, me detuve a tomar aire consciente de que el sol huía por el oeste y la noche amenazaba con arrebatarme la vida. Nadie había querido venirse conmigo porque los valientes ya se habían ido y los resignados preferían una pobreza conocida que una por conocer. Yo siempre fui un hombre solitario; de niño leía las historias de los anacoretas de Irlanda que migraban a islas desiertas para dedicarse a la contemplación, y después eran hallados por vikingos que sorprendidos por sus barbas greñudas y aspecto místico, continuaban temerosos por la ruta del barco drakkar sin hacerles daño a aquellos hombres. Siempre pensé que algún día terminaría como uno de esos ermitaños, no sólo por los acontecimientos personales y dolorosos que nos ocurrían a diario en Venezuela, sino además porque a mí me resultaba inescapable cierta indiferencia en la textura material del mundo. Al principio, la muerte de un hermano por herida de bala resulta una atrocidad, pero al séptimo o noveno muerto dejas de percibir la vida humana como algo con valor intrínseco. Al

contrario, se torna tan transitoria como la vida de las gacelas en la sabana africana. ¿Entonces por qué me fui, por qué dejé Caracas si la realidad me resultaba llana, inconsecuente y mi vida un alma aislada?

Con alegría o pesar, crucé caminando a Colombia en medio de violencia en la frontera y agresivos uniformes oliva. Nadie pareció verme; ningún policía, ningún militar, ningún delincuente. De pronto estaba del otro lado a través de una tenue cortina de lluvia. El nuevo país era color verde vivo, como un signo de los colores que viven en otros países y que muchos de mis amigos habían soñado con conocer antes de que los mataran. En memoria de ellos decidí tomar el camino. Caminé por tristísimos pueblos habitados por prostitutas y alacranes. Subí una montaña, vi muchos venezolanos caminando a mi lado, pero ellos iban con más premura y parecían no verme cuando me dejaron atrás. Entré a un páramo árido y gris y helado, y soñé que en cualquier momento me toparía con la laguna Estigia o con san Pedro o con una valquiria en otro más de mis delirios wagnerianos. Fue cuando sentí cansancio y me detuve a tomar aire, consciente de que el sol huía por el oeste y la noche amenazaba con arrebatarme la vida.

En medio de los montes me pareció ver destellos amarillos detrás de la neblina: tres ciudades ardiendo; Córdoba por los bereberes, Milán por los godos, Bagdad por los mongoles. ¿Qué pasaba en el mundo de los hombres que todo lo que prometía y era grande y hermoso de pronto era por la barbarie reducido a las cenizas? Entonces recordé la primera conversación

que tuvieron Lorenzo Barquero y Santos Luzardo y empezó a faltarme el aire y el calor al entender que el primero había tenido la razón, a pesar del final de la novela... Las estrellas abrieron los ojos como maléficas deidades de mitología maya, me observaban deseosas de devorarme, pero yo las miré de regreso, no con mirada de miedo, sino por medio del recuerdo de una hermosísima canción de Pink Floyd. Pero las estrellas son como los zamuros: contemplan con paciencia hasta la hora del manjar.

De pronto se acerca una barca piloteada por una sombra demacrada vestida en túnica negra, y me dice con voz siniestra vámonos. Fue cuando sentí cansancio y... decidí abordar la barca e irme a ese país en donde nadie me pediría un pasaporte.

De guerra en guerra

Por Mariangeles Navarro Blanco

«Me vine a Venezuela en la posguerra española porque tu Yayo se empeñó... Yo estaba bien, pero él no... Pasé dos años sin ver a mis dos hijos... Dejé mi taller de costura en Barcelona para subirme sola en un barco hacia la incertidumbre, con la única esperanza de darle a mi familia una vida mejor».

Crecí escuchando a la Yaya. Ella se esforzaba en repetir como un mantra las calamidades de la guerra civil española: «Niño, comételo todo. Es pecado tirar la comida. En la guerra con suerte comíamos pan duro y garbanzos con gorgojos...». «No discutas con tu madre; mi sobrina vino a visitarnos un verano, estalló la guerra y no pudo regresar a Zaragoza. Mi hermana nunca volvió a verla, murió enferma en casa y no pude avisar sobre su muerte hasta que acabó la guerra...». «Es muy guapa tu novia. ¿Alguna vez te hablé de Mariano? Era el amor de mi vida, murió en la guerra...». «Esta camisa está perfecta, no la tires. Yo puedo zurcir este agujero y quedará como nueva. Mi madre y yo durante la guerra nos hicimos vestidos

con las cortinas de casa».

Antes la escuchaba atento. Ahora la entiendo. Me ha tocado vivir en una guerra no declarada; silenciosa y atroz. Se ha llevado muchas vidas inocentes de bebés en hospitales, de manifestantes universitarios, de empresarios secuestrados, de abuelos indefensos... Y a los que aún respiramos, nos robó la dignidad y el sentido de humanidad.

Gracias al país donde crecí puedo decir que soy músico percusionista formado en el Sistema de Orquestas Infantiles y Juveniles de Venezuela. Fui feliz trabajando en mi pasión; pude viajar, componer, participar en conciertos en los mejores teatros nacionales e internacionales.

Tengo una familia con dos niñas y con la llegada de la inflación y la devaluación ha sido imposible darles lo mínimo para su nutrición, desarrollo de potencialidades y diversión. Esto es muy difícil de confesar para un padre que trabajaba en dos orquestas de música académica y los fines de semana tocaba en bodas, bautizos y restaurantes.

Dejé mi garganta y mis pies desangrados en manifestaciones y concentraciones. Recogí y firmé todo argumento coherente. Voté en cada elección fraudulenta. Compartí en redes sociales todas las noticias donde se vulneraban los derechos humanos, las muertes de neonatos, la búsqueda de recursos para enfermos y ancianos.

Agobiado, cansado, infeliz y frustrado ante la mal-
dad, la oscuridad, la ambición y la sed de poder de
unos pocos capaces de romper en pedazos una tierra
prospera y hermosa que le abría los brazos sin dis-
tinción a la inmigración, cogí con susto el pasaporte
español heredado, ese al que nunca le di importancia.
Metí en la maleta los mismos sueños y esperanzas que
mi Yaya metió en la suya para llegar solo a un lugar
desconocido y hostil con el inmigrante «secuestrador
de trabajos»; ese al que miran por encima del hombro
como si fuera inferior.

Ahora la guerra se desarrolla en mi interior. Un cú-
mulo de emociones contradictorias se apoderan y
subyacen a cada paso que doy. Horas buscando un
trabajo de cualquier cosa honesta para volver a ver a
mi familia. Creer en mí en un país donde soy un abso-
luto desconocido. Aprender a levantarme cuando me
empuja el ego diciendo que no valgo nada. Abrir con
cincel una ventana cuando me encuentro con mura-
llas. Mezclarme sin perder mi esencia. Brillar sin opa-
car a nadie.

Y en el camino la música se aleja, como se desdibuja la
esperanza de volver al país que me vio crecer.

Fiesta en el pantano

Por Horacio Arteaga Volpe

Local vacío y olor a fritanga. Y el ventilador sin funcionar. De pronto, un grito. Agudo, potente, un ahoritaleatiendo llegado desde vete tú a saber. Y él, obediente, espera. Camina alrededor de la mesa, utiliza un menú para abanicarse. Golpea su rostro con una, dos, diez servilletas acartonadas. Todo en vano. El calor aprieta y el sudor no cede. Y yo aquí como un pendejo.

El estallido de unas carcajadas en la habitación contigua interrumpe sus lamentos. Ruido de ollas y sartenes, voces indistinguibles que suben y bajan de intensidad. La puerta se abre y aparece una mujer menuda, marrón, de rasgos imprecisos y andar resuelto. Tara-rea una canción, una melodía popular de aquellas tierras. Cuando se acerca a mí, deja de cantar. Su rostro adquiere una expresión dura, distante. Habla con marcado acento local.

— A ver, ¿qué le pongo?

Lo mira, me mira, con sospecha mal disimulada. Y la mandíbula tensa. Y los labios apretados. Rostro enjuto, salpicado de arrugas. Viste una túnica larga y colorada que le llega hasta los pies, y de su cuello cuelga un rosario de madera en cuyo extremo se balancea un Cristo acusador.

Pido el plato del día, por favor. Pero ella no se mueve. Permanece a su lado, inquieta y nerviosa. Se frota las manos, abre y cierra la boca repetidas veces. No dice nada. Entonces comprende, ¿cómo no voy a comprender? Y lento, flemático, con un leve temblor de manos, saca un billete arrugado del bolsillo y lo aplasta sobre la mesa.

—Quédese con el cambio.

Y ella que se indigna, que se ofende. Que no se moleste mijo, que no es personal. Es que llegan tantos cada día. Y que si la delincuencia, y que si el trabajo que nos quitan. Usted no, por supuesto, usted parece honesto. Pero los otros, ya sabe (yo no sabía), roban, se aprovechan. Una desgracia. Una calamidad. Dios nos ampare y nos proteja. Y así regresa a la cocina, con piadosa labia y dignidad henchida. ¿El billete? Desaparecido, evaporado.

Mientras espera, toma un periódico amarillento de la mesa más cercana y comienza a hojearlo con desinterés. La situación en su país ocupa las primeras páginas. Dictadura. Represión. Inflación desbocada. Algunos artículos comentan el exilio. Exagerado, dicen. Peligroso, dicen. La sección de trabajo ya no está.

Suelta el papel y maldice por lo bajo.

Al rato vuelve la mujer. Trae entre las manos un cuenco demacrado y chato. Detrás, una cabeza asoma por la puerta de la cocina. Un hombre, me parece, un metiche. Poco después desaparece. Tras servir la comida, ella se dirige al bar y enciende un cigarrillo. Pasa un trapo sobre la barra enmohecida, limpia el sifón de la cerveza. Me observa de reojo. Le pregunta si tiene familia y él responde con mediana sinceridad.

—Allá siguen. Los tuve que dejar.

Oculto que pronto se unirán a él. Ella sonrío compasiva. Menea la cabeza y susurra algo incomprensible. Con la mano izquierda acaricia el crucifijo, con la derecha se persigna. Entonces suelta un buenprovecho y vuelve a la cocina.

Suspira, suspiro. ¿Y ahora qué? Gruesas gotas de sudor caen sobre sus ojos. Una mosca revolotea a su alrededor y se posa sobre la comida. La mira indiferente, ajeno. Finalmente se frota los párpados y espanta al insecto de un manotazo. A su alrededor, silencio. La luz que entra por las ventanas parece haber menguado. Toma la cuchara y comienza a comer. A pesar del calor, la sopa está fría.

Escombros humeantes

Por Rafael Humberto Sanabria

Los escombros del caos que dejó la noche amanecen aparcados a un lado de la calle, todavía echan humo y en sus entrañas se ve la suerte de una brasa que arde lenta. Pero la gente que hace vida por estos lados amaneció aparentemente ignorante de la destrucción, de la vorágine, de los saqueos, del fuego que consumió tantos locales. Aun así, se acercan a mi trabajo a venderme productos que uno no puede preguntarse de donde vienen porque la respuesta es demasiado obvia o el cuestionamiento demasiado ofensivo.

Las calles, plagadas de suciedad y cenizas, de sudores desaparecidos y una que otra mancha de sangre que empaña una acera, reciben en silencio al pueblo que debe, necesita y es obligado a trabajar. Las calles son el símbolo de que la vida continúa indistintamente de lo que ocurra en ella. Los buses tienen que pasar, el metro tiene que andar para llevar a la gente y todos nosotros volvemos al trabajo, quizás con una o dos horas de retraso, pero siempre volvemos.

Quisiera entender la violencia, poder saber todo sobre el mecanismo que trabaja en la mente de quienes la perpetran. Cómo se atreven a dar el primer golpe, cómo se impulsan sobre las cercas sin miedo a la electricidad que puedan tener, cómo se juntan para levantar las cortinas de metal o de lo que sea que estén hechas, cómo dejan los lugares que saquean en entera e indiferente destrucción sin pensar en el trabajo que aniquilan o en las deudas que dejan a alguien más.

Y uno, que ya ha vivido esto en otros tiempos, en circunstancias ajenas a ellos y en vidas que desconocen, quisiera tener la oportunidad de tenerlos en frente y poder calmarlos con la experiencia de quien conoce el infierno y que sabe que nunca quema rápido, sino que corroe a cuentagotas. Cuando dejamos nuestro país, quisiéramos ser el estandarte de que una vida sin socialismo es lo ideal, pero no nos damos cuenta que de buenas a primeras nuestro lugar de destino no nos acepta totalmente. Por más que hayamos emigrado con la experiencia, el dolor vivido y la precariedad que soportamos, no siempre encajamos dentro de lo que el clamor popular considera porque nuestras vidas son ajenas a ellos.

Uno acepta la incapacidad de pertenecer y decide concentrarse en la lucha diaria por hacerlo en vez de hacerles comprender de donde vinimos. Uno regresa al trabajo en el bus con miedo. Pero no es porque intercepten el bus, o roben, o le lancen una piedra. La verdad es que estamos aterrados de que la lepra que consumió nuestro país y que nos hizo escapar nos haya seguido, que la hayamos traído con nosotros o

atraído con el pensamiento, como el que observa un objeto e imagina que se va a caer y termina por caerse. Eso es un secreto que queremos contar y nos da miedo hacerlo; no queremos terminar de confirmar que eso es lo que está pasando.

De cualquier forma, terminamos igual de apartados como escombros que en otra vida, en una madrugada anterior, sirvieron a un propósito y que hoy están echados a un lado de la calle. Terminamos callados junto a la calle que da lugar a un nuevo día, una nueva lucha, y humeando todavía por nuestro interior en brasas suaves que quieren terminar de arder pero no pueden.

La trocha

Por Luis Guillermo Franquiz

Saqué el fajo de billetes y conté treinta dólares en medio del agite y la confusión que nos rodeaba. Los demás hicieron lo mismo, sacando más o menos de acuerdo a sus posibilidades. Se nos dijo que uno de los empleados iría a cambiar nuestro dinero en pesos colombianos para pagar de allí en adelante los gastos necesarios. El pasaje de autobús desde Cúcuta hasta Bogotá ya estaba cubierto en el pago inicial de setenta dólares, pero el paso de las maletas y del morral donde llevaba la portátil representaban un gasto extra no contemplado en el presupuesto original. Deduje que cinco dólares para el chico serían suficientes, y el resto para cualquier eventualidad en el camino.

El chico regresó con el dinero que nos repartió según la lista que llevaba en una mano. La directora de la empresa se notaba preocupada por la hora y nos apresuraba para ponernos en marcha. Otro muchacho apareció con una carrucha vieja y comenzó a apilar bolsos y maletas. Dudé. Significaba más dinero. Sentí el peso de mi maleta en la mano derecha. Tal vez lo lograría, o tal vez no; el problema era que ninguno sabíamos con qué nos íbamos a enfrentar ni cuánto tiempo nos llevaría cruzar la frontera. Al final deci-

dí entregársela. El chico encargado de cambiarnos el dinero ya había partido con mi morral auestas. Se decidió que él cruzaría con mi morral y la portátil dentro. A él no le prestarían atención porque cruzaba la trocha con frecuencia.

Miré por encima del hombro para ver dónde estaba el otro muchacho, con la carrucha y la pila de maletas, pero cada vez se regazaba más. Llegamos al final de la calle y el pavimento se convirtió en un sendero de tierra entre una arboleda marchita por el verano. Nos detuvimos junto a un árbol grueso donde estaban apoyados dos hombres bebiéndose unas cervezas. Pidieron que formáramos una fila. El pago del peaje improvisado serían veinte mil pesos. Nadie se quejó. Uno de los hombres pidió que nos levantáramos las camisas y otra vez ninguno se quejó. Lo único que llevaba era mi bolso de mano.

—Pase lo que pase —dijo uno de ellos—, nadie debe armar escándalos. Sin gritos. Esto es zona libre de seguridad. Más adelante puede que vean a algún malandro colgado de un palo, ustedes bajan la vista y ya. Y si se cruzan con algún policía o militar, ni los miren. No existen... Arranquen.

Nos pusimos en marcha en medio del silencio y el asombro que cada uno disimulaba como mejor podía. Al llegar al primer cruce de río nos separamos, por la destreza y la velocidad y el peso de las maletas que algunos decidieron llevar. El paso era muy rápido, sin dilaciones. Intenté llevarle el ritmo al muchacho que nos guiaba, pero pronto se hizo evidente que apenas

tres o cuatro lo seguíamos, del total de catorce que emprendiéramos la marcha. Anocheció de prisa, en un parpadeo y resultaba difícil prestar atención a las piedras sobre las que saltábamos. Cruzamos tres o cuatro ríos, hasta que al subir una cuesta tropezamos con una cerca de metal y unas luces al fondo. Nos condujeron bordeando la cerca, hasta que el estrecho camino de tierra se transformó de nuevo en pavimento.

—¿Dónde estamos? —le dije al guía.

—En Cúcuta, hermano. Ya cruzamos.

—¿Esto es Cúcuta? —dije, todavía incrédulo.

Entonces di algunos pasos hasta la acera más cercana, al borde de una calle desierta, me senté y rompí a llorar en un impulso involuntario. Habíamos dejado el horror atrás, pensé.

Peregrinaje

Por Martha Lucía Molina Ángel

En una de las tantas veces en que Karla cruzaba la frontera entre Colombia y Venezuela, para comprar medicina y la comida de la semana, ese día le tocó atravesar el río con su carrito del mercado a cuestras. Sobre el puente Simón Bolívar; aquel que, en una época no muy lejana, fue la vía más activa de Latinoamérica, se hallaba atascada una muchedumbre del que ni el aire circulaba. Dos inmensos contenedores atravesados por órdenes del régimen chavista, para evitar una supuesta invasión extranjera, impedía que miles de personas huyeran de la dictadura, siendo un recordatorio de lo que a diario padecía el pueblo venezolano; sobre todo, los fines de semana, en que la travesía se convertía en un calvario.

Bajo el inclemente sol, caminaban lento, con el corazón roto y arrastrando sus maletas repletas de sueños que se negaban a languidecer por carecer de oportunidades. Por este motivo, Karla se introdujo por una peligrosa ruta llamada «la trocha», en la que contrabandistas, indocumentados y personas como ella, que le urgían ir al otro lado, pagaban una módica cuota para ganarle al tiempo.

La mayoría, por necesidades primordiales.

La de otros, por cuestiones ilegales...

Era bien sabido que la guerrilla dominaba esa zona, en complicidad con la Guardia Nacional, que les permitía desplegar su brazo armado como se les antojara. Cobraban a los que a diario cruzaban, mientras que muchos cadáveres yacían bajo sus pies, asesinados por ajustes de cuenta o porque desconocieron cómo eran las cosas por esos predios. No robar o te amputamos las manos... En las paredes de la Aduana, las fotos de jóvenes desaparecidos, se mostraban en diversos carteles, cuyos familiares imploraban encontrarlos con vida. Pero, quiénes conocía cómo era vivir entre fuerzas irregulares, sabían que jamás los encontrarían.

Por lo menos, no enteros.

Karla tuvo cuidado de pisar una roca, mientras saltaba de una en una para llegar al otro extremo del río Táchira. Las suelas de sus zapatos deportivos estaban desgastadas de las kilométricas caminatas entre matorrales y fango. No era fácil saldar la distancia, parecía un soldado raso que seguía las ordenes de un encapuchado, con granada en mano. «A ver: ¡dos mil pesitos, si desean pasar!» «¡Por aquí, no! Por allá...» «¡Deprisa!»

—¡Mueva las patas, señora! —le gritaba un hombre que pisaba sus talones, cuando ella vaciló meter sus pantorrillas en las contaminadas aguas, puesto

que el camino de rocas se había terminado.

Al Final, tuvo que hacerlo y darles prisa a sus pisadas. Veinte minutos y cinco increpaciones después, llegó a la Parada, un pueblito maloliente, refugio de toda clase de gente, en que las transacciones estaban a la orden del día. «¡Compramos cabello, oro, leche materna!», «¡Dólares, dólares! «¡A Bogotá sin pasaporte...!», anunciaban a su paso. El caos en la Tierra.

El retorno a casa era tan agotador, lamentándose del duro peregrinaje al que el dictador la sometía. ¿Hasta cuándo soportaba tanta miseria? A dónde la vista le alcanzaba, un migrante vislumbraba. Maleta, cansancio, tristeza, amargura... Era lo que observaba en ellos, saliendo de un país hecho pedazos por la ambición de pocos y la indiferencia internacional de muchos. Ella también podría dejar su hogar en busca de un futuro mejor, pero no podía, ni quería. Su corazón aún palpitaba por esa dama vestida de amarillo, azul y rojo, y siete estrellas atravesadas en el pecho.

Siete, porque para todo venezolano que se respetara, siete eran las estrellas de la Bandera venezolana.

La que una vez ondeó en libertad.

Menguadas

Por Carmen Rondón

“Al despertar, sentí un frío punzante en la boca. Comprendí que debía buscar a un nuevo odontólogo. ¡Qué problema, mi muchachito! Te tomó trabajo hallarme a un dentista indulgente ante mis miedos y, cuando lo encontraste, le fui fiel durante años, pero, ¡ya no está! Por Facebook supe que, actualmente, vende arepas en Uruguay con otros migrantes venezolanos como él -como tú-, mientras revalida su título para poder ejercer legalmente allá -muy al sur-, su profesión de reconstruir sonrisas”.

—Le escribes para hacerlo sentir culpable por haberse ido —me recriminó Enriqueta, siempre interrumpiéndome cuando reviso, leyendo en voz alta, los correos electrónicos que le envió a mi... a mi sobrino Gustavito.

—¡Le escribo porque me duele!... Me duele una muela... —aclaré.

—¡Ay, Amelia! Eres mi única hermana, estamos juntas desde que nacimos y aún no soporto tus blandenguerías. Bien sabes que igualita ando yo, como casi todos en Venezuela: sin odontólogo, sin

cardiólogo, sin pastillas. ¡Catatónica, pues! Pero, no le restringo nuestras miserias a Gustavo Adolfo. Entiéndelo: él aún no logra estabilizarse por allá. Si le estuviera yendo bien, enviaría platica y hasta me mandaría a buscar.

— ¡Por favor, Enriqueta! ¿Qué país querría a estas septuagenarias?

— ¡Ya verás! ¡Me mandará a buscar!... Septuagenaria y todo, él es mi único hijo.

— ¡Ja! ¡Tu hijo! — rezongué.

Mi hermana, como siempre, fingió no escucharme.

II

Aquella mañana, aguardábamos al hombre que «pondría a dormir» a Samir y Bruno, los huskys siberianos que, sin avisarnos, Gustavito compró a plazos y se trajo a vivir a este apartamento (¡su hogar, nuestro hogar!) nueve años atrás, cuando cobró su primer sueldo de maestro. Ahora, con mi muchachito lejos, Enriqueta ve a los perros como estorbo: “Ya no tienes fuerza para pasearlos. Nuestras pensiones no alcanzan para alimentarlos. ¡Míralos! ¡Se han vuelto puro pellejo!”, dijo, al notificarme que, por éxodo de veterinarios (¡fuga de cerebros!), un vecino jubilado de Sanidad haría -de favor- «la eutanasia». Horrorizada, contacté refugios caninos: ¡Estaban abarrotados! Ensayé darlos en adopción: ¡Nadie los quiso! “¡Pendeja!

-tronó Enriqueta- ¿No ves cómo está Caracas, cundi-
da de perros y gatos abandonados que nos disputan
el derecho a comer de la basura? Quédate quieta. Le
inventaremos a mi hijo que sus animales murieron de
moquillo”.

III

Ver a una mujer ante nuestra puerta, en lugar
del vecino que haría «la eutanasia», me ilusionó.

—¿Viene a adoptar a los perros? —la recibí es-
peranzada.

—Soy periodista. Investigo sobre los oposito-
res al gobierno, asesinados por los cuerpos de seguri-
dad del Estado en las manifestaciones callejeras. Qui-
siera me hablaran de su difunto Gustavo Adolfo.
Fúrica, Enriqueta botó a la visitante.

IV

Y es que mi hermana no piensa antes de actuar. Así
pasó hace dos años, cuando «perdió» de su cartera
medio pan canilla. ¡Ufff! Me llamó ladrona. Entonces,
olvidé la serenidad y le grité lo de siempre: “¡Amar-
gada! Por eso tu esposo se fijó en mí y, días antes de
morirse, me preñó. ¡Jamás supiste amarlo! No quieres
ni a ese hijo que, obligada por tus prejuicios, acepté
que tú registraras como su madre. ¡Naciste seca! ¡Es-
téril!”. Un portazo de salida, frenó nuestra pelea.
¡Dios! Vociferé todo aquello ignorando que Gustavito
había llegado del trabajo y, en silencio (para que
no le reprocháramos aquel arriesgado activismo

político), buscaba su bandera tricolor para unirse a los manifestantes que, en la avenida, coreaban: “¡Abajo la dictadura!”.

V

Jamás volvimos a verlo. Seguramente, mi muchachito emigró. Sé que regresará a Venezuela cuando las cosas cambien (¡y cambiarán porque, ahora, hasta Enriqueta y yo salimos a protestar!). Mientras, aquí seguimos: moribundas, menguadas, siempre vivas...

-FIN-

Exilio de la fábula

Por Manuel Planchart

A picar piedras a mis 51 años, a trabajar en lo que venga, a reinventarme, a armarme de valor, a transformar un habitáculo ajeno en mi nuevo hogar, a dejar a mis viejos quienes aún viven, son de aquellos que se criaron en la Caracas de los techos rojos y aún conservan su amabilidad y rectitud. Un hasta luego por tiempo indefinido a mi casa, mi jardín, mis matas, mis cosas, mis escasos amigos, al sabroso clima, a las verdes montañas que rodean mi micro mundo, a la pareja de guacamayas que pasan jugueteando en las primeras horas de la mañana y del atardecer. Allá atrás quedará mi burbuja que se encoge continuamente. Las tecnologías de comunicación no me son suficientes, ni el saber que en diez horas podría volver a tener todo esto frente a mí. Siempre extrañaré a mi país imaginario que nunca existió o quizás sea hora de pisar tierra y percatarme que ese lugar recreado en mi mente ha sido y será eternamente una fantasía, convirtiéndome en el exiliado de una fábula; o simplemente llegó el momento de terminar de entender, con mucha reticencia, que mi país no es mi ínfimo círculo social. Tra-

to de hallarle alguna explicación de qué fue lo que nos pasó, ¿qué sentido tiene?, bibliografía sobra, miles de horas de entrevistas radiales, televisivas, análisis de doctos en la materia están registrados y continúan fabricándose; podría leerlos, escucharlos todos y permanecer atrapado consumiendo mi existencia. ¿Para qué seguir soñando en un imposible cuando he carecido de conexión con la gran mayoría de mis paisanos?, tengo la certeza que algo de civismo habrán aprendido en otras latitudes como también han de haber asimilado que el mundo es muy diverso, que no se reduce únicamente al “cachumbambé”, que la cultura no ofende –finalmente comprendí el sarcasmo de Joselo– más bien enriquece, que el respeto al otro es una obligación y no un derecho, que armar una fiesta alterando la paz del vecindario es una falta grave como también lo es circular por el hombrillo, que haberse enriquecido a través de contratos fraudulentos en el tiempo que fuera es una vergüenza, entre otras cosas. La rabia me invade ante esa lista extensa que pareciera interminable e increíblemente toca a todos los estratos sociales, donde el abuso es sinónimo de inteligencia y se piensa que ley está para violarla, empezando por algo tan serio como la obtención de la licencia de conducir, y todo aquel que se destaque por mérito propio le es endosado un peyorativo. De nuevo el pensamiento me conduce a la débil y amada burbuja a la que equivocadamente había llamado patria, dibujo mi sonrisa, y en breve me invade la añoranza. La exigencia de un cambio se respira en las calles, pero ¿cómo hacerlo si culturalmente este pueblo se niega a evolucionar?, ha evitado valorarse, no cree en sí mismo. Nuevamente me vuelve el odio, la fugaz

alegría y luego la nostalgia, repitiendo el ciclo una y otra vez. En ocasiones me he sentido un mutante káfkiano en mi tierra, en otras un miembro de la familia Monster y la gran mayoría de las veces un hombre entre trogloditas. Jamás llegaré a los extremos de Fray Mauro de Tovar obispo de Caracas en 1640 quien antes de montarse en el bote que lo trasladaría al barco para su partida definitiva se quitó y tiró sus zapatillas con el pretexto de no llevarse ni el polvo. Me secaré las lágrimas, sonreiré y viviré estoicamente lo que me ha tocado, algo bueno emergerá de todo esto.

Mi exilio es tu ausencia

Por Valentina Saa Carbonell

Acabo de escuchar tu voz, ese tono con el que me preguntas o respondes razones de la distancia y que la verdad, son tantas que no sé si se entienden, si la tristeza las acepta.

Una llamada de minutos callados y hablados. Me recuerdas que me extrañas, que me tienes un abrigo por si el frío me golpea. Y volteo hacia el mapa que tengo a mi lado y veo la línea punteada entre tu corazón y el mío, las horas de diferencia, el tiempo de camino, volando, y volando se me pasan los instantes que quisiera verte crecer.

Me miro en el espejo y la imagen que me devuelve no tiene lágrimas, en cambio mi rostro está anegado de ríos caudalosos que desembocan en mi boca, que no dice palabra, que apenas mueve los labios recordando el último abrazo, el momento en que se posaron sobre tu mejilla. La mañana que te felicitaron por tus logros.

Mi rostro es un paisaje que se dibuja en el reflejo que tengo enfrente. Es Madrid, Miami, San Francisco, Berlín.

Las alas me crecen como a Ícaro detenido en el laberinto, donde un documento no tiene vigencia, también un permiso está vencido. Y aunque las agite no puedo alcanzar a esas nubes.

Yo no dejo que el sol derrita mis alas, es el viento de un ogro que sopla y mueve estos pasillos sin salida y no deja que te vaya a abrazar, no puedo brincar la línea punteada en el mapa para llegar a tu lado y llenarte de figuras las mejillas con mis labios temblorosos de emoción, en todas esas ciudades que estás. Porque mi vida se picó en tanto.

Tampoco te puedo contar mucho de la mía, Caracas, cerrada, solitaria, triste y llena de polvo. El exilio no está afuera, es tu ausencia, está en el lugar que nos niega abrazos, esa cotidianidad en que vivíamos, en que caminábamos.

La imagen del espejo me muestra el puente que cruzamos con el corazón encabritado. También asoma el parque con el lago, las carreras de los niños, los pasos de los mayores. Se cuele la playa con los edificios que, uno a uno me ibas nombrando y también el arco majestuoso con los caballos que lo coronan.

La imagen del espejo no llora, la imagen del espejo me reta, me acuerda la promesa que te hice para estar junto a ti en tu cumpleaños, con la torta de chocolate, con la natilla que adoras.

La imagen del espejo me dibuja un árbol de Navidad, un pan de jamón y las hallacas sin pasas, porque no te gustan.

Me muestra la maleta que debo hacer, el papel que tengo que renovar, que no puedo dejar a la tristeza encaramada en mi vida, que tengo que brincar los puntos que están en el mapa, que mi Ícaro debe abrir alas y surcar tiempos para romper el exilio. Que traerte es vencerlo, que estar juntos es la felicidad, que nada en esta vida es imposible, que incluso, a pie, se puede ir.

El exilio es un recuerdo a desear a todos juntos, el grito de uno al ver su regalo bajo el árbol, un veinticinco de enero, porque no importan los meses ni las horas. Cuentas los pasos y las escalas, los presentes escogidos y los tesoros del alma que se convertirán en cuentos para cuando estemos alrededor de la mesa.

El exilio aviva mi Ícaro, y sus alas se refuerzan nada más con la idea de volverte a ver.

Migrante, trashumante, vagabunda

Por Adriana del Carmen Boccalon Acosta

*“Harto ya de estar harto, ya me cansé,
de preguntarle al mundo por qué y por qué,
la rosa de los vientos me ha de ayudar
y desde ahora vais a verme vagabundear...”*

*Es hermoso partir sin decir adiós,
serena la mirada, firme la voz,
y para no olvidarme de lo que fui,
mi Patria y mi guitarra las llevo en mí,
una es fuerte y es fiel, la otra un papel...”*

Vagabundear, de Serrat, mi trova favorita. La tarareo hasta que un nudo en la garganta me atraganta el verbo. ¿Será hora de vagabundear con mi vida apretujada en una mochila? Así, como el Serrat, pero sin real y con 64 años encima. Sin guitarra, pero con historias para entretener mi pluma, y con mi Patria de papel.

Domingo 23 de julio, 2017. Caracas ardía entre protestas, barricadas, lacrimógenas, muertos. Mi madre tenía 87 años. Su corazón estaba débil y sus pulmones comprometidos. Con diagnóstico de infección pulmonar y sin familiares en el país, nos internamos en el Hospital Dr. Domingo Luciani. Durante 26 días resistí en solitario aquel terreno hostil donde dormité con la muerte tan arrimada a mí, que aprendí a reconocerla en la mueca funesta de cada moribundo, a sospechar su proximidad sin temor a equivocarme. “¿Tú no tienes familia?”, me preguntaban las enfermeras. Yo respondía: “Tengo tres hermanos, dos hijos y un gentío regado por el mundo, y todos me apoyan por wasap”.

Síntomas de estado de coma fue mi búsqueda online madrugando el viernes 18 de agosto. Madre estaba en coma. Su último suspiro fue entrando la tarde. Cerré sus ojos, besé su frente. Me había quedado solísima en Venezuela. El dolor me desgarraba íntegra. Pero no lloraría. Había prometido celebrar su muerte, como ella había celebrado su vida.

Las morgues me eran ajenas. Las figuraba tan pulcras como las de CSI, donde lo más grotesco es ver al morguero comer rosquillas mientras manipula cadáveres. Exploré en penumbras el funesto laberinto caminando detrás del infeliz morguero de turno, quien con perverso morbo destapó varios cuerpos antes de mostrarme a mamá. “¿Este es su muerto?”, preguntaba el desgraciado apuntando rostros ajenos con su linterna. Con el duelo auestas y asfixiada por la pestilencia, reconocí a mi muerto. En el Cementerio del Este contraté servicio de cremación directa, sin velatorio.

Embalé cenizas, guantes y palita de jardinería. Tomé un autobús a Valencia y, en el Big Low, un taxi al cementerio donde reposa papá. En su tumba —a hurtadillas— abrí un huequito y coloqué los restos de mamá; puse flores, recé un Padre Nuestro y, en nombre de mis hermanos ausentes y en el mío propio, les agradecí la vida deseándoles feliz eternidad.

Hoy, hace 5 meses, migré a Quito persiguiendo familia. Me acomodé en casa de uno de mis hermanos residiendo aquí desde hace 15 años. Él me invitó. Al llegar gestioné visa de residente y cédula de identidad. He repartido hojas de vida hasta en las bodegas, pero entre edad y nacionalidad, la vía es emprender. He dado clases de baile a niños autistas, vendo mermeladas artesanales, vendí cinco bolsos que hice con una máquina de coser prestada, trabajé fines de semana en la maquila clandestina de un cretino explotador y mala paga, y ahora ayudo a una niña en sus deberes escolares.

Hace dos semanas recibí una noticia. Mi hermano que me dio cobijo se va del país. Viaja en breve, sin boleto de retorno, el 16 de diciembre. Yo, me quedo aquí, en la Mitad del Mundo, reinventándome cada día, solísima otra vez, tarareando a Serrat.

Soy extranjero

Por Evelia Nasser

Tomar la decisión no fue fácil, era el año 2017 y en Venezuela estaban matando ángeles; jóvenes guerreros, valientes que intentaban arrancar la patria de las manos de un ignominioso gobierno. La revolución chavista no dejaba opción, la disyuntiva estaba planteada claramente: quedarme en Venezuela atravesando cientos de quimeras salvajes en nombre de la libertad y el derecho humano conquistado por nuestros ancestros, esperando que la muerte vestida de balas, golpes y de hambre toque a mi puerta, o, iniciar un camino incierto dejando atrás lo que tuve, para así construir un YO hecho presente borrando de mi memoria cualquier pretérito conjugado, olvidando lo que fui.

Se acabaron las comodidades, los títulos rimbombantes, y los teneres para dar la bienvenida a noches interminables durmiendo sobre sofás ajenos y el eterno agradecimiento por conservar la vida, o tener un plato de comida. Ha sido una diáspora en la que he tenido que aprender muchas cosas, pero lo más importante ha sido aprender a ser extranjero, es decir, comprender que no tienes derechos y todo cuanto te rodea es un privilegio: El privilegio de comer, de respirar, de

vivir en la paz de trabajar, de no tener que correr detrás de una bolsa CLAP para alimentar a tu familia, un privilegio que encierra el sacrificio de la renuncia.

Al salir de Venezuela renuncié a todo lo que una ilusión me hizo creer que era parte de mi vida: mi pareja se cansó de esperar y me dejó, mi padre falleció sin que pudiera abrazarlo y el rancho que había dejado se lo quedaron mis hermanos bajo la excusa de que yo no lo necesitaba porque vivo en el extranjero, mis amigos dejaron de serlo y ni siquiera sé dónde se encuentran, mis hijos sólo llaman para pedir cosas y por supuesto Nutella (cosa particular cómo los chamos sólo extrañan los dulces) mi madre, la viejita, sólo me envía bendiciones y pide algún dinerito para su medicina, y además de todo esto las mascotas que dejé, tres bellos Mastín Napolitanos, grandes compañeros de camino con quienes escalaba el Cerro El Ávila, se han ido muriendo. Así aprendí, que nada te pertenece y que cuando te quitan tu pasaporte, todos tus derechos desaparecen.

En Venezuela llamamos musiuú a los extranjeros, una derivación del Monsieur francés. Comienzo a entender el significado de esa expresión, porque ahora soy yo el musiuú. Durante mi viaje la realidad se ha transformado para mostrarme un mundo distinto al que solía ver; he comenzado a ser lo que realmente soy, un halo de luz en un planeta que no me pertenece, un simple espectador que juega un rol distinto cada día, sin plantear nunca la posibilidad de volver. Por primera vez soy libre de creer, sin ataduras absurdas y egos encarceladores, he logrado llenar cada espa-

cio de mi interior con una luz de perdón, y sabiduría, para que cuando la vida apriete, sea eso lo que salga.

La forma como somos tratados, juzgados, y despreciados los venezolanos, me hacen armarme de esa luz, para recordar a quienes pueda que todos somos extranjeros. He perdido una patria, un pasaporte, una historia contada, he ganado la libertad de hacerme cada día alguien distinto: atrás quedó el título de abogado, las dos maestrías, la experiencia en alta gerencia. Ahora puedo hacer o ser cualquier cosa: un lavavajilla, un obrero, un limpiador de casas, un vendedor de seguros, literalmente cualquier cosa.

Ser extranjero es un privilegio, que te permite andar por el planeta sabiendo que nada y todo te pertenece, mientras tengas la humildad y valía suficiente para agradecerlo.

El silencio de los caídos

Por Yoselin Goncalves

Vi frente a mí a una mujer con el rostro hinchado, rojo, ojos desorbitados, rojos también, con lágrimas que caían sin parar desde sus mejillas hasta la camisa ya manchada por gotas enormes de dolor. La palabra: Lo mataron, resonó muy hondo dentro de mí. Lo mataron. ¿Quiénes? Ellos. Fueron ellos. Quise inclinarme y abrazarla, pero el entrevistador la alejó hacia un costado, otros se interpusieron en mi visión. Pero yo solo me quedé ahí, mirando a aquella mujer bajar la mirada y asentir un poco ante los reclamos y la rabia que salían de las bocas de esas otras personas. La observé y me pregunté lo que significaba la palabra morir y también asesinato, dos palabras que juntas resuenan a olvido y desgarré. Tomé el control y apagué la televisión.

Hubo un silencio. Un silencio que se hizo profundo y significativo para un momento como ese. Y es que no puedes garantizarte lo que sientes cada vez que tomas el control o el teléfono para ver las noticias de tu país desde otro país que también intentas contemplar

como tuyo. Miras a tu alrededor buscando la manera de encajar en las cosas, lugares y personas. Mientras te paseas por las calles, también paseas a ese país desgarrado que sigue latiendo muy en el fondo. Y pocos pueden entenderlo. La gente muy poco entiende el dolor de una patria que no es suya, ni mucho menos comprenden sobre esos caídos que no son tus familiares, pero que también son muy tuyos.

Los recuerdan al inicio y desde afuera los sentimos. Sentimos el dolor o al menos hacemos un esfuerzo por hacerlo. Hay escándalo, se levantan, alzan la voz. Pero entonces pasan los días, semanas e incluso años y se perpetua un silencio que nos recorre en todos los costados. ¿Qué es ese silencio? ¿Por qué está ahí? ¿Qué significa? Estás ahí, pegado en el televisor, esperando la nueva tragedia. Intentas concentrarte en tu trabajo, en tu vida afuera, pero tu país sigue siendo ese latido que no se va, aunque intentes que se vaya un ratito. Pero entonces recuerdas las tardes de sol, lluvia o frío, de ese primer beso, la primera caída, los primeros amigos, los familiares, lo que dejaste atrás y sientes que debes estar pegado en esa televisión porque necesitas comprender lo que está pasando.

Pero hay silencios. Esos que reclaman que algo suceda, que alguien se levante. El volver se siente tan lejano a pesar de que intentas contemplarlo como un suceso que llevará tiempo, pero que será corto. Un año, tal vez dos, tres... pero pasan cuatro, cinco, seis y nada pasa. Un estallido, la gente en la calle, la esperanza, luego otra vez el silencio. El silencio tuyo, el de la televisión, el de tus familiares cuando levantas el te-

léfono, el de las personas a tu alrededor, el de los periódicos, el de los países. Entonces no cabe nada más por ahora: esperas que la voces se alcen de nuevo, que el estallido retumbe en todas las paredes, y después el silencio. El de tus caídos, el de los míos, el de todos.

¿Quién es el guasón?

Por Glenda Lis Fernández Espinoza

Jaime lleva una vida plena en Australia, una linda esposa y dos hijos. Sus costumbres siguen siendo venezolanas, aunque ya tenga la nacionalidad marsupial. Siempre nos gustó el frío de las montañas y los paisajes desde las cordilleras; cuando íbamos al Humboldt del Ávila nunca faltaba el chocolate caliente y un buen fondue acompañado de vino. Pero también adorábamos el calorcito de nuestras playas cristalinas, el pescadito frito y los tambores.

Si me mudo algún día, sacrificaría mucho, dijo Jaime. Y se despidió en el nuevo milenio, en vísperas de un viaje que planeamos, cuando amanecíamos de golpe. Él estaba convencido de que no viajaríamos, porque una repentina dictadura mancharía nuestros “boarding pass”.

Aquel golpista falló pero no desistió en su amenaza: “los objetivos no han sido alcanzados, por ahora...”

Así empezó nuestra tragedia. Teníamos al dudoso he-

redero de Maisanta, como “*salvador de un país corrupto*”. De ahí en adelante, ese portador de odios y risas y de boina “carismática” robó la ilusión de todo mi pueblo.

A Jaime pocas veces le fallaba la intuición e insistía en emigrar. Yo por mi parte, no quise irme de mi tierra, mi gente y mis espacios amados.

Entonces él se cansó y huyó mientras yo rogaba que este nuevo mesías nos redimiera.

La pasión de este perverso showman era divertir y hacer reír a la gente. Además sufría de varios trastornos, uno de ellos: *delirio de grandeza*. Una sucesión de eventos develó su distorsionada visión del mundo, convirtiéndolo en un brillante criminal.

Atrapado en una dinámica psicopática, impuso nuevas leyes y hasta osó desafiar a la naturaleza, en medio de una de nuestras peores tragedias. Le quitó los derechos a un ganadero robándole sus tierras y después la vida, hasta minar la moral del resto de nosotros...

Y así destruía cada rincón de nuestra ciudad gótica, dinamitando nuestra dignidad y expropiándolo todo. Mentía descaradamente pues así son estos personajes siniestros. Avanzó en su plan y como el barbarazo “acabó con tó”.

Tras Jaime, salieron casi todos mis afectos: mi móvil, se transformó en la ventana hacia la vida y los amores. Hermanas, parientes, amigos y hasta mis fieles clien-

tes. Casi todos viven en la pantalla de mi WhatsApp. Millones huyeron en estos veinte años, de aquello que Jaime predijo.

Y yo, convertida en extranjera. Vivo en otro país, inmigrante en mi propia tierra; ya no salgo, auto secuestrada en un hogar devenido en trinchera. Afuera acecha el mal desatado, sin autoridad que proteja porque es “más importante” cuidar al dictador, a cambio del poco tesoro que queda, del permiso a traficar con drogas y desgastar nuestro Amazonas.

Ahora veo la realidad tras los barrotes de televisoras foráneas. Trabajo desde mi PC, mi hermanita menor ayuda en esta mengua y nos alimenta desde afuera, mi moneda es la lechuga, internet impone los precios, mi cine es Netflix y oigo música en vivo cuando cantando toco cuatro. Así transito mi locura junto a mi padre en este búnker, agazapados, viendo crecer la depredación hasta que atrapen al Joker!

Aquel Guasón, que, entre otras patologías tenía un trastorno de personalidad múltiple, con una de ellas nos dejó a uno de sus hijos, quien hoy ocupa el Palacio de Gobierno para continuar el “legado”: destruir lo que otros construyeron.

Pero a pesar de esa barbarie, quedan quienes persiguen el bien verdadero para este país que sigue despierto. Por eso, Jaime ha regresado, tras fingir que era feliz lejos de aquí; quiere liderar a la nueva generación que esgrima esa espada salvadora para liberar Gotham, en honor a sus padres.

La mano en el hombro

Por Heberto Borjas Márquez

La mano en el hombro desde atrás, doctora, mientras caminaba por la calle oscura. Qué otra cosa puede significar. He vivido en Caracas suficiente tiempo como para distinguir desde el primer segundo entre un amigo que te gasta una broma por la espalda y un malandro que te viene a atracar.

Esta ciudad es distinta. Aquí se le olvida a uno la sensación de cercanía al peligro. Quizás creemos que todos los riesgos quedaron atrás al mudarnos de país. Aquí nos confiamos de la tasa de homicidios, un ochenta por ciento menor que la de Caracas. Sacamos el celular en la calle, contamos billetes en la calle, nos atrevemos a usar las prendas de oro en la calle, como si estuviésemos rodeados solo de monjes budistas incapaces de un apego material. Nos mentimos con el cuento de vivir ahora en una ciudad segura. Qué va. Si se la ponemos bombita al ladrón, hasta en la misma iglesia nos roban.

Entre la sorpresa y el miedo lo que sentí fue un desconcierto que me impidió comprender qué pasaba. El

tipo me detuvo al tocarme el hombro y me abordó con ojos de demonio. No entendí qué me dijo. Tenía aún puestos mis audífonos de bluetooth, esos que no necesitan cables. Era un negro fornido. Llevaba puesta una gorra y una chaqueta. Medía dos metros. Era un Kunta Kinte latinoamericano. Ahora sí pude entenderle. Me pedía el celular. Lo dijo en un inconfundible acento del centro de Venezuela. Podía ser caraqueño, aragüeño, carabobeño. Le contesté que mantuviera la calma, que no me iba a oponer. Cuando reconoció mi acento, bajó la guardia. Me miró con el semblante contrariado. Puede que dudase de consumir su delito. Por unos segundos fuimos hermanos en la orfandad del destierro. Mantuve mi celular en el bolsillo.

Alguien me ha comentado si acaso su acento era costeño y yo solo reconstruía los hechos con la variante del acento para inventarme el shock de haber sido atracado por un veneco, como nos llaman aquí (unos con sorna, otros con asco). Estoy seguro: el atracador era paisano.

El tipo volvió en sí y me afincó en el costillar izquierdo la punta de su cuchillo, largo como mi antebrazo. Entonces le entregué el celular. Ni de vaina le iba a decir: “No atraques a un paisano, mi pana”. Permítame agregar que actué sin conciencia de qué hacía. Al momento, una voz me dijo que esto era una infamia, que este emigrante había salido de su país, como yo, a buscar algo nuevo, mejor, digno de la condición humana, pero pretendía obtenerlo de una forma opuesta a como lo he hecho por años. Convergíamos en un punto aleatorio de una ciudad de ocho millones de

habitantes para reconocernos por nuestros acentos y por la inmanente zozobra del exiliado. En vez de ponernos la mano en el hombro para darnos ánimos y ayudarnos a sobrellevar con decoro nuestra condición de extranjeros, él lo hizo para avasallarme. Me dejé humillar en aras de salir vivo del lance. Mi integridad estaba a merced de un tipo con un código moral viciado, impredecible. No concibo mayor vejación.

Y la plata, me dijo. De repente, le pegué con mi mochila y corrí. Él también. Zigzagueó entre los carros que pasaban por la autopista. No me pregunte el por qué de mi reacción. Lo hice con rabia y pavor. Desde entonces recelo de mis paisanos en la ciudad. Me cuesta confiar en ellos. Hablando del tema, disculpe que le pregunte. De dónde es su acento, doctora. Me suena maracucho.

Selfie prenavideña

Por Krina Ber

Hoy se toman la foto ritual ante las vitrinas centelleantes de luces y precios en moneda extranjera. Están solas. Alrededor, la gente habla, ríe, camina con las manos cargadas de paquetes de regalo.

Ambas son profesionales, y nada las había preparado para la experiencia de ser extranjeras. Tener que comenzar desde abajo la humillante búsqueda de sustento en un país donde tu experiencia no sirve para nada porque perdiste la vida que habías construido... o, más bien te la quitaron (pero eso no importa a nadie). El calvario legal de una burocracia difícil, lenta y que cuesta mucho dinero. Contentarte con un cuchitril alquilado o habitar una zona peligrosa, de servicios urbanos deficientes, entre extranjeros como tú.

Pero ya esa es nuestra condición vital. Ya pasamos, madre e hija, por esa obra de muchos colores, hecha para la euforia de los viajes y los reencuentros, no para el desgarrar de tantas despedidas sin fecha de retorno prevista. Gracias a Dios y a la tecnología, hoy

la ausencia no acarrea el silencio mortal de las emigraciones de antaño: las redes sociales se encargan de amortiguar la lejanía. En el Internet la vida sigue y la separación no es tan tajante. Allí el país palpita en el mapa del planeta desde Chile hasta Islandia, un pulpo de mil tentáculos unidos a un corazón virtual. Allí todos estamos cerca hasta que llega el invierno y las fotos tomadas en la nieve desvanecen la ilusión con un pinchazo de realidad.

La vida que no cabe en la pantalla del teléfono ocurre detrás de los posts, mensajes, y emoticones. Esa cotidianidad difícil —aunque a menudo no exenta de esperanza— sigue su curso, alejándonos cada día de lo que hemos sido y fingimos ser. Pero eso no deben delatar las selfies que nos tomamos ahora frente a las brillantes vitrinas del centro comercial ajeno, ni esos mensajes bonitos de una extranjera para otra, de una exiliada para otra, para que veas que estoy bien, mamá, y yo también, hija, ya ves, todo aquí se ve mejor que en los años anteriores.

La hija cierra el teléfono y sale rumbo a la estación del Metro de su lejana ciudad. Se arropa en la chaqueta demasiado ligera para diciembre. Para ella, ya se ha asentado el remolino de la sobrevivencia inmediata en el desierto cotidiano del inmigrante. Aún se mueve con cautela, aferrada a su situación precaria y a su madre del otro lado de la conexión satelital. Sabe que en el futuro dejará de ser una extraña en ese mundo, adoptará sus códigos de conducta, idioma, equipaje cultural. Porque ella es una hija, y tiene derecho a un futuro.

La madre baja al sótano a buscar su viejo auto abollado. Solo vino para pasar un rato en el ambiente lleno de luz y de cosas que hoy se compran en dólares. Cuenta con el futuro de su hija, no importa que esta solo puede mandarle por ahora una fé de vida, una selfie y una sonrisa.

La ilusión de bienestar se acaba en la oscuridad cuando se apura a abrir la reja de su edificio entre farolas rotas y santamarías emborronadas de grafitis. No hay nadie en la calle, solo un hombre que se sube la bragueta de cara a la pared, y ella, y el viento. Tan extranjera en su propia ciudad como la hija en la suya, a cientos de kilómetros de distancia.

Y más tarde le mandaría un mensaje del número prestado: no te preocupes cariño, estoy bien: solo me robaron el teléfono.

A más de 42 Km de casa

Por Mariana Cecilia Montaña

Se pone su ropa deportiva desteñida, calza sus zapatos de goma un tanto vencidos y con audífonos en mano, echa un vistazo a los ascensores, otra vez, fuera de servicio, con obstinación baja por las escaleras mientras selecciona la música que la ayudará a deslastrarse de esos kilos de preocupación que tanto la agobian. No escoge la ruta de costumbre, hace mucho frío; quizás sea su sensación térmica interna, piensa, o tal vez el invierno que, sin buscarlo la encontró lejos de casa.

Comienza a caminar mientras sus músculos se calientan en cámara lenta. Odia la lentitud, sobre todo cuando se trata del tiempo. De manera gradual acelera el paso, necesita comenzar a correr a toda velocidad para sudar sus frustraciones, exorcizar la nostalgia y transformarla en endorfinas, aunque le duelan las piernas, el tiempo y la distancia.

Cada mañana antes de salir a correr repite el mismo ritual; enciende su portátil, escucha éxitos 99.9 y se

toma su guayoyo en espera de algún anuncio importante; pero como de costumbre, malas noticias y el mismo panorama incierto de los últimos tiempos. Extraña a sus hijos, a su familia, a su gente, pero no piensa regresar hasta ahorrar lo necesario para poder ayudarlos. Correr le permite exhalar su indignación, poner todo en perspectiva y mantenerse de pie.

Es muy temprano y las calles Downtown están vacías. Cada kilómetro que recorre la desconecta de su realidad, su corazón late con la misma cadencia de sus pasos y una corriente de adrenalina sube por todo su cuerpo hasta acoplarse al ritmo de la nueva ciudad que le ha dado refugio.

Al llegar a la costa, una ráfaga de viento hace volar su gorra tricolor siete estrellas, continúa corriendo sin detenerse. El resplandor del sol no tarda en enceguecerla; con dificultad logra divisar una gaviota apostada en uno de los pilotes que delimitan la costa. El pájaro la mira como si la conociera, como si la estuviera esperando. Empieza a revolotear muy cerca. Planea justo arriba de ella, va de un lado, luego al otro; parecen volar juntas. El ave acelera y se posa más adelante en otro pilote; la espera y de nuevo la acompaña por unos segundos hasta que comienza a alejarse hacia el mar. Ella no quiere perderla de vista, necesita su compañía, pero cada vez vuela más lejos.

De pronto el piso comienza a perder su firmeza y se convierte en aire y nubes. Por unos instantes se vuelve etérea y sin darse cuenta, comienza a volar en dirección al Mar Caribe, rumbo al Ávila. El sonido pe-

netrante del viento y el fuerte roce contra su cuerpo, logra mover hasta el más diminuto vello de su piel. Levanta la mirada, y la sorprende la panorámica. Por primera vez siente que el tiempo no le pertenece, tampoco su vida.

Antes de lo deseado, su mente regresa a su natural estado de alerta y de manera súbita, pierde la estabilidad y cae torpemente sobre el asfalto. Permanece unos segundos en el piso; aturdida intenta buscar en su bolsillo, ese caramelo que siempre lleva consigo para contener su recurrente anemia afectiva y lo disuelve entre la humedad pastosa de su lengua. Se levanta, sacude su ropa y su melancolía e intenta recuperar el paso firme para continuar corriendo. Cada día al escuchar el despertador, sabe que la espera una carrera contra el tiempo. Infinitamente más exigente que un maratón, inclusive más larga de lo que ella misma ha imaginado.

SOBRE
**THE WYNWOOD
TIMES**

Más que una revista, The Wynwood Times es una plataforma digital donde converge lo más selecto en temas de arte, cultura, opinión y demás asuntos conexos. Con sede en Miami, contamos con corresponsales y colaboradores de alto nivel en varias ciudades y países que nos permiten un acercamiento de los temas, personajes y acontecimientos que marcan pauta; disponiendo así de una ventana para la libre expresión sobre temas de interés actual.

Con especial atención en la diversidad de la expresión artística, The Wynwood Times se perfila como la vitrina digital del momento, abierta a exhibir contenidos de la mejor calidad y con ello satisfacer a un público exigente, ávido de excelencia y siempre dispuesto a buscar alternativas para enriquecer su estilo de vida.



EL ARTE QUE HAY EN TI

www.thewynwoodtimes.com

@thewynwoodtimes